J. JURADO DE LA PARRA

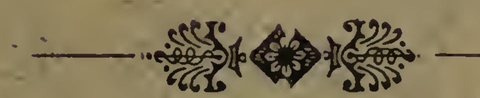
MONNA VANNA

DRAMA EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

M. MAETERLINCK

Adaptado á la escena española



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1907

MONNA VANNA

MONNA VANNA

DRAMA EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

M. MAETERLINCK

adaptado á la escena española

POR

J. Jurado de la Parra

Estrenado en el TEATRO ESPAÑOL el día 8 de Enero de 1907



MADRID

E. VELASCO, IMPRESOR, MARQUÉS DE SANTA ANA, 11

Teléfono número 551

1907

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
GIOVANNA (Monna Vanna).	Sra.	Guerrero.
GUIDO COLONNA.........	Sr.	Codina.
MARCO COLONNA.......		Cirera.
PRINZIVALLE..........		Díaz de Mendoza (F.)
TRIVULZIO.............		Soriano Viosca.
BORSO...................		Juste.
TORELLO................		Guerrero.
VEDIO....................		Gil.

Señores, soldados, paisanos, hombres y mujeres del pueblo, etc.

El primero y tercer acto en Pisa; el segundo, en el Campamento de Prinzivalle, delante de la ciudad.—A fines del siglo XV

Al Excmo. Sr. D. José J. Herrero

Querido Pepe: Cediendo á tus indicaciones y á la fervorosa admiración que siento por la obra de Maeterlinck, sin medir previamente mis fuerzas, acometí la ardua tarea de adaptar á nuestra escena **MONNA VANNA.** *Una obra de tan intensa poesía, de forma tan alada y rítmica, reclamaba otra pluma que la mía para su versión... Ya en trance de poner mis manos pecadoras en ella, me trajo la memoria el recuerdo de aquella frase que tanto nos repetía el maestro Campoamor: «las ideas en prosa van á pie; en verso, á caballo», y pensé escribir mi adaptación en frases rítmicas, versos blancos que llamamos nosotros, pero sin medida determinada como en nuestra métrica es uso, sino como lo reclamase la probidad más escrupulosa en respeto al original Ya sé que la prosa castellana puede llegar en diafanidad, color y ritmo hasta donde llegó la que escribiera el autor de* LA INTRUSA, *pero, ¿mi prosa?...*

Tampoco quería que por entre las frases rítmicas de mi versión asomase la faz afeitada de la retórica; he tratado de huir de eso como de la peste, y he escrito, por ejemplo, así:

«¡Ay! cuando la vejez llegó á mi pecho, me olvidé de advertirte lo que ella me iba enseñando cotidianamente, sobre la vida y el amor... y sobre la ventura y el dolor humanos. ¡Ah! si entonces te hubiese dicho todo lo que en mi corazon iba cambiándose... Todas las vani-

dades una á una de que fué desprendiéndose y las múltiples realidades que fueron ocupando de lleno su lugar... ahora, hijo mío, no extrañaras las frases de este viejo que tanto te sorprende y tan á punto estás de aborrecer.»

¿He acertado?... No sé; pero la consideración con que he sido tratado, hasta por aquellos que opinan que debí escribir **en prosa**, *me hace pensar que sí.*

El público y la crítica, con benevolencia que agradezco en el alma, hallaron meritoria mi labor, y esto me hace ceder al deseo de que vaya tu ilustre nombre al frente de este trabajo mío que por tu iniciativa he afrontado.

Te ofrendo el pequeño aplauso que me corresponda, como testimonio del antiguo y desinteresado afecto de tu entrañable amigo,

Jurado de la Parra.

ACTO PRIMERO

Una sala en el palacio de Guido Colonna

ESCENA PRIMERA

GUIDO, BORSO y TORELLO

Guido y sus oficiales, Borso y Torello, hablan cerca de un ventanal abierto, por donde se verá la campiña de Pisa

GUIDO Sólo la situación desesperada á que en Pisa nos vemos reducidos, movió á la Señoría á confesar, por fin, sin más demora, uno por uno, los desastres todos que hasta hoy nos ocultaba su prudencia. Ya no podrán llegar, para auxiliarnos, los dos grandes ejércitos que manda nuestra amiga Venecia en nuestra ayuda. También han sido ya, como nosotros, sitiados por las tropas florentinas. Estamos en poder del enemigo aislados é indefensos, entregados á la ira de Florencia que nunca teme, ni jamás perdona. El pueblo y nuestras tropas, todavía ignoran la importancia del desastre, mas ya comienza á circular entre ellos ese rumor que alarma los espíritus. ¿Qué harán cuando conozcan la realidad tremenda? Temo mucho que su terror desesperado, caiga sobre nosotros, y su impotente cólera fulmine también con-

tra la misma Señoría. ¡Ya tres meses de sitio... de heróica resistencia... de hambre y de sufrimientos, les llevaron de la desesperanza á la locura. La única fe que hasta ahora aseguraba su obediencia leal, va á desplomarse, y eso es la indisciplina... la derrota... el asalto y también el fin de Pisa.

BOR. Ya mis hombres no tienen ni una flecha, ni una bala tampoco. Si quisiéramos un puñado de pólvora, tendríamos que volcar una á una las barricas que hay en los subterráneos.

TOR. Yo disparé anteayer, en mi reducto, la última flecha y la última lombarda; y como ya les quedan solamente sus aceros, los mismos Stradiotas no quieren guarnecer los baluartes.

GUIDO Desde hace ya tres días y en tres veces, de su seno, mandó la Señoría, á tres nobles ancianos, que tratasen de capitulación. ¡A la hora esta, no les vimos volver!

BOR. El feroz Prinzivalle no perdona la muerte que le diera en nuestras calles á su mejor teniente Antonio Reno la turba enfurecida; é invocará el suceso, de seguro, para ver si así logra colocarnos fuera de toda ley, que le permita contender con nosotros, cual si fuésemos una taifa africana.

GUIDO Por eso quise que mi mismo padre fuese también á ver al enemigo, y explicase el rigor y la locura del ciego populacho, que ninguno pudimos evitar. . ¡Mi padre era un sagrado rehén!... ¡Tampoco ha vuelto!

TOR. ¡Es tan incomprensible cuanto ocurre!...¿Por qué no da el asalto Prinzivalle?... ¿Es porque teme acaso una emboscada?... ¿Le falta arrojo ó le dará Florencia órdenes misteriosas?

GUIDO Lo son siempre las que Florencia da; pero son claros como la luz del día sus deseos... ¡Ella falló la destrucción de Pisa, cuya fiel alianza con Venecia era para la pérfida república un ejemplo alarmante y peligroso, en las pequeñas villas de Toscana; y provocó esta guerra á todo trance! Lanzó contra

nosotros al más fiero de entre sus mercenarios. A ese bárbaro Prinzivalle, feroz, que en el saqueo inicuo de Piacenza después de esterminar á cuantos hombres halló sobre las armas, vendió, como si fuesen esclavas de la Nubia, á diez millares de mujeres libres.

TOR. No fué así, Guido, no; los que ordenaron la venta y el degüello, fueron los Comisarios de Florencia; Prinzivalle no fué... Nunca le he visto; pero un hermano mío le conoce... Sé que es de origen bárbaro; su padre era vasco ó bretón y como orfebre trabajaba en Venecia. Su origen es humilde, muy humilde, mas no es ese salvaje que decís. Será violento y depravado... pero... es noble y es leal... Yo por mi parte le entregaría sin temor mi espada.

GUIDO No, no se la entreguéis en tanto que ella os pueda defender. Pronto vamos á ver cómo se porta y podremos también salir de dudas... (Cambio de tono.) Ya es urgente decir á los soldados, á los hombres del pueblo y hasta á los refugiados campesinos, la tremenda verdad. Que sepan todos que el enemigo ahora no se presta á capitulación; y que no es este sitio de Pisa, como tantos otros entre beligerantes, donde fueron los bravos vencedores el amigo mejor de los vencidos... que es esta lucha, la implacable lucha sin tregua y sin cuartel, en que la vida combate cuerpo á cuerpo con la muerte... en que nuestras mujeres... nuestros hijos...

ESCENA II

DICHOS y MARCO

Marco entra en la escena lenta y como fatigosamente. Guido al verle, corre á su encuentro

GUIDO ¡Padre!... ¡Padre!... ¿Por qué dulce ventura, dentro de nuestros tristes infortunios, ahora

llegáis aquí, cuando temía no volveros á ver? ¿Estáis herido? ¡Me pareció que andábais revelando cierta dificultad!... ¿Os prendieron tal vez?... ¿Os escapasteis?... ¿Qué os hicieron, decid?

MARCO ¡Nada me han hecho! Nada ¡gracias á Dios! ¡Ni lo más leve!... ¡No son bárbaros, no! Me han acogido como se acoge á un huesped que se estima... Prinzivalle—que ha leído mis obras—me habló luego, con gran encomio, de los tres diálogos de Platón, traducidos por mi pluma... Si notaste esta dificultad, con que camino... es, que la senda es larga y fatigosa y ¡ya soy viejo, Guido, ya soy viejo!... ¿A quién dirás, que hallé bajo la tienda de Prinzivalle?... Pues en ella estaba el insigne Ficino, el maestro ilustre que descubrió á Platón... ¡El gran Ficino, que es como el alma de Platón que hubiese vuelto á reaparecer sobre la tierra!... Eramos yo y Ficino, dos hermanos que se encuentran por fin... Hablamos mucho de Hesiodo... de Aristóteles... de Homero... Ficino ha descubierto del Arno entre la arena soterrado un torso de una Diosa ¡tan hermoso!... de hermosura tan rara y peregrina que si lo hubieseis visto, ¡os habriais olvidado de la guerra!...

GUIDO Lo que olvidamos todos es que muere un pueblo entero de hambre y que no es hora de hablar de Platón, ni de Ficino, ni de torsos de bronce.

MARCO ¡No, de mármol... de mármol era el torso descubierto!

GUIDO Sea en buenhora; pero hablemos, padre, de estas treinta mil vidas que perderse pudieran á un minuto de retraso, ó cuya salvación depende sólo de una buena noticia. ¿Qué os han dicho? ¿Qué pretenden hacer con los de Pisa, Prinzivalle ó Florencia?... Decid pronto la verdad... ¡La verdad!... ¿A qué esperais?

MARCO ¡Hijo, tienes razón! Ya me olvidaba de que pensáis vosotros en la guerra cuando la primavera redivive.,. el cielo se ilumina y res-

plandece como un rey que despierta... el mar irradia, como copa de luz, su luz al cielo.. y la tierra es tan bella y ama tanto... ¡ama tanto á los hombres!... Sí; vosotros tenéis muy arraigados vuestros gustos, y yo hablo demasiado de los míos... Tenéis razón. ¡Ya ves que lo confieso!... He debido deciros sin demora, la noticia que os traigo... La noticia que salvará las vidas á millares y que si llega á atormentar á una, le ofrece en cambio del martirio horrendo, cubrirse de una gloria, que á mi juicio, es más pura que la fama más limpia, y que todas las glorias de la guerra.

GUIDO (Haciendo á sus oficiales una indicación para que se retiren; que ellos intentan realizar.) ¡Borso... Torello!...

MARCO No salgais, quedaos. De todos va la suerte á decidirse. Yo quisiera que ahora desbordase esta sala con las víctimas que vamos á restar y que escuchasen, cuantos á salvar vamos, desde ahí fuera; á fin de que ellos mismos recogiesen la salud que les traigo... porque ahora yo traigo la salud, si vuestro juicio como razón la acepta... Pero ¡ay! temo, que no puedan bastar diez mil razones para contrapesar error tan grave como el que á ella resiste; cuyo peso siento y temo yo mismo.

GUIDO ¡Padre... padre, aclarad, por piedad, vuestros enigmas! ¿Qué nos queréis decir, cuando dais tantos rodeos para decirlo? Ya á esta altura podemos oirlo todo, sin que nada nos llegue á sorprender.

MARCO Pues bien; he visto y hablado á Prinzivalle... Yo creía hallar en él un hombre vanidoso y corrompido y pérfido...

GUIDO ¿Y acaso, todo eso que decís, no es Prinzivalle?

BOR. Es justo y es leal aun cuando sirva á la injusta codicia de Florencia. Nos lo ha probado ya distintas veces.

MARCO Yo me encontré allá abajo con un hombre que se inclinó ante mí, como se inclina ad-

mirado el discípulo en presencia del anciano maestro... Los azares de la vida, ¡quién sabe! su destino, le han llevado á las armas y aun ahora le encadenan y amarran todavía á una brillante gloria que detesta y que quiere olvidar... Mas, ¡ay! pretende realizar un antojo... una locura .. un deseo maldito... un afán de esos que hostigan y espolean á los hombres nacidos bajo el signo peligroso de un grande amor irrealizable y único.

GUIDO ¡Padre mío, abreviad! Ved que es pesada la espera para aquellos infelices que se mueren de hambre. Decid pronto esas palabras de salud y vida, que no acabáis de pronunciar.

MARCO Acaso las estoy retardando sin motivo... y aunque sean penosas y crueles para las dos personas que en el mundo amo con más afán...

GUIDO Padre, yo soy una; pero, decid: ¿quién es la otra?

MARCO Ya voy... escúchame... Ahora... hace poco... cuando llegaba aquí, me parecía cosa difícil... muy difícil... pero, ¡es la común salud tan prodigiosa!...

GUIDO ¡Hablad, padre, por Dios!

MARCO Pues bien; Florencia ha resuelto del todo aniquilarnos; lo creen preciso así los decenviros y así lo resolvió la Señoría... La sen tencia resulta inapelable. Pero Florencia, hipócrita y prudente, quiere ocultar, del mundo á las miradas, el duelo y el horror de una victoria demasiado sangrienta, y á ese efecto, sostendrá que rehusaron los de Pisa la capitulación clemente y noble que ella propuso. Se dará muy pronto el asalto terrible y si el desastre resultase más cruel de lo que espera la pérfida república, es seguro que achaque el desafuero á los soldados de aventura, rebeldes á sus órdenes, á los cuales también licenciaría — fingiendo indignación—cuando ya fuera nuestra ruina total é irremediable, y pudiera pasarse sin su ayuda.

GUIDO — Así es Florencia, así; ¡la reconozco!

MARCO — Esas son las secretas instrucciones que los comisionados de Florencia han dado á Prinzivalle, verbalmente, sin decir, ¡claro está! lo que á él atañe. Hace ya siete días que le asedian para que dé el asalto... El hasta ahora retardándolo fué con cien pretextos, porque supo, por cartas sustraídas, que se le acusa de traición; que apenas Pisa quede arrasada y se termine la guerra, como á tantos sospechosos, el proceso y la muerte será el premio con que Florencia pagará sus triunfos... ¡Conoce bien la suerte que le aguarda!

GUIDO — ¿Y qué es lo que propone?

MARCO — Prinzivalle con varias tropas que le son adictas, os propone venir á defendernos contra sus propias huestes, que con todos los que seguirle quieran abandona.

GUIDO — No son hombres los que en Pisa nos faltan, y ni se necesitan, ni se quieren auxiliares aquí tan peligrosos... Si tanto quiere hacer, que nos dé plomo y víveres y pólvora...

MARCO — Pues oye: él ha previsto el caso en que su oferta pudieráis rechazar por sospechosa, y por eso, también se compromete á introducir en Pisa, antes del alba, un enorme convoy de armas, de municiones y de víveres que acaba de llegar al campamento.

GUIDO — ¿Y cómo ha de hacer eso Prinzivalle?

MARCO — No lo sé. Yo no entiendo ni conozco de las estratagemas de la guerra. Pero él es el dueño de su campo mientras la Señoría no le releve... y no ha de relevarle, ciertamente, la víspera, quizá, de una victoria que cree definitiva.

GUIDO — Comprendo que nos salve Prinzivalle para salvarse él mismo, y de antemano vengarse de la pérfida república; pero pudo elegir otra manera menos escandalosa y más gallarda... ¿Qué interés tiene ó qué razón le obliga, á hacer tan gran favor á un enemigo?... Con tan extraña acción, ¿qué se propone?... ¿Qué es lo que pide en cambio?

MARCO ¡Ay! que el instante ha llegado, hijo mío, en que mi boca vierta la hiel de las palabras crueles. ¡Ha llegado el momento, hijo del alma, en que una frase quitará su fuerza al destino, y su influjo poderoso elegirá las víctimas! ¡Yo tiemblo solo al pensar que mis marchitos labios al proferirla aquí, pueden ser causa de tantas muertes, ó salvar pudieran tantas y tantas vidas!. .

GUIDO ¡Padre mío, no acierto á comprenderos!... Una frase por muy cruel que sea, poco puede aumentar, en rigor, nuestras desdichas.

MARCO Parece Prinzivalle—ya lo dije—razonable y prudente y es humano... ¿Mas que sabio no tiene su locura?... ¿Qué hombre bueno por mucho que lo fuese no abrigó alguna idea monstruosa?... A la derecha, están con la Justicia, la Piedad... la Razón... ¡Ay! á la izquierda es ya muy diferente... Está el Deseo... y la Pasión... ¿Quién sabe? la Locura, en que todos caemos... y caemos cuando menos pensamos... ¡Yo he caído. . he caído también!... ¡Como vosotros caeréis mañana!... y yo volveré acaso á caer... y caer... Porque es el hombre así... de esa manera. . un dolor que en la vida no debía existir un humano dolor... Pero divago... confundo las ideas, mezclo las frases solo por retardar un poco tiempo el instante cruel y decisivo .. ¡Quizá hago mal, dudando de vosotros!... Pues bien... Ese convoy, que yo acabo de ver, esas carretas de las que el trigo, y aun el vino y las frutas, desbordan con insólita abundancia... los rebaños de bueyes y carneros, con los que puede un pueblo alimentarse meses y meses... y las mil barricas estallantes de pólvora... y los cientos y cientos de lingotes que han de darnos las balas á millares, para poder vengarnos de Florencia y engrandecer á Pisa... todo eso, entrará en la ciudad, con que vosotros envieis, para entregarla á Prinzivalle durante el breve espacio de una noche, ¡de una noche tan solo! —porque él mismo nos la ha de devolver

con las primeras sonrisas de la aurora... Pero exige que en señal de rendido acatamiento vaya sola y desnuda debajo de su manto.

GUIDO ¿Pero quién debe ir? ¿Quién?...

MARCO Tu Giovanna.

GUIDO ¡Quién! ¿Mi esposa? ¿Mi Vanna?...

MARCO Sí, tu esposa... ya lo he dicho.

GUIDO Señor, ¿pero es posible? ¿Por qué ha de ser mi Vanna? Si ese monstruo tiene tales deseos, ¿no es lo mismo que vaya otra mujer?... ¿Es que ya en Pisa no hay otras mil mujeres?...

MARCO Pero es ella la más hermosa, y además la ama.

GUIDO ¿Que él la ama? ¿Cómo, decid, si él nunca la vió ni la conoce?

MARCO Sí, la ha visto y la conoce; pero me ha callado cuándo y cómo la ha visto.

GUIDO ¿Pero Vanna?...

MARCO No le ha visto jamás.

GUIDO ¿Cómo sabéis?...

MARCO Ahora me lo afirmó tu Vanna misma.

GUIDO ¿Cuándo?

MARCO Precisamente en el momento en que aquí vine á hablarte.

GUIDO ¿Y le dijísteis?...

MARCO Todo.

GUIDO ¡Cómo! Toda esa horrible infamia... ¿Y os atreveis vos?...

MARCO Sí, me he atrevido.

GUIDO ¿Y ella que ha contestado?

MARCO Ella se puso blanca como la cera, y sin decirme ni una palabra se alejó.

GUIDO ¡Bien hecho! Pudo desfallecer, romper en llanto... ¡Prefiero lo que hizo! Palidecer... callar... irse... Los ángeles así lo hubiesen hecho: ¡como ella! ¡Reconozco á mi Vanna!... Ella no tiene nada que responder... Y si es nosotros, no hablemos de ello más. Desde este instante volvamos á luchar á las murallas. Si es preciso morir, que sea al menos sin entenebrecer nuestra derrota.

MARCO ¡Te comprendo, hijo mío! La prueba es para mí casi tan trágica como lo es para tí... ¡Ay,

pero el golpe lo has recibido ya! Dejemos tiempo á la fría razón, para que ponga en su justo lugar nuestros deberes y nuestro gran dolor.

Guido — No hay más que uno, un único deber, ante la inicua proposición abominable... y toda reflexión no pudiera añadir más horror al horror mismo que esa infamante petición me inspira.

Marco — ¡Ah, no hijo mío! Pregúntate, pregúntate si tienes tú derecho á llevar todo un pueblo hasta la muerte, sólo por retrasar unos instantes un mal, que al cielo plugo hacer inevitable en este caso. Porque tomada Pisa, será Vanna entregada al poder del enemigo.

Guido — ¡Eso será, á su tiempo, cuenta mía!

Marco — Pero treinta mil vidas, son ya mucho, acaso demasiado... Considera que no es justo ni... ¡Vé que se trata de compañeros de armas, de mujeres, de débiles criaturas!... Créeme, Guido; nada puede valer, lo que una vida que salvemos, y todas las virtudes... los grandes ideales... todo... Todo eso á que damos tan pomposos nombres: gloria... riqueza... honor, es sólo un juego meramente pueril si se compara... ¿Quieres salir de tan horrible prueba con el laurel del héroe?... ¡Desdichado; es un error creer que el heroismo sólo en la muerte encontrará su cúspide!... ¡El acto más heróico es, desde luego, el acto más penoso; y es la vida, más dura y más penosa que la muerte!

Guido — ¿Pero vos sois mi padre?... ¿Vos?

Marco — ¡Y estoy orgulloso de serlo! Cuando lucho contra tí, en mi interior lucho conmigo... Y te amaría menos, mucho menos, si al fin cedieses demasiado pronto.

Guido — ¡Basta ya!... basta, padre, que os diría cosas que un hijo, por respeto, debe no decir nunca á un padre.

Marco — Dime, hijo mío, dime cuanto quieras. Las palabras que ahora la indignación ponga en tus labios, serán en mis oídos testimonio de un dolor grande y justo... No depende, el

amor que te tengo de esas cosas que pudieras decirme... ¡Dilas... dilas!... Pero deja que ocupen en tu alma la razón, la piedad y la prudencia, el lugar que ocuparan las injurias que contra mí dijeses...

GUIDO ¿Todavía tratáis de persuadirme?... ¡No os escucho! ¡Reflexionad lo que queréis que haga! Sois vos, padre, el que está en este momento privado de razón y de nobleza, y el temor de la muerte, merma y turba vuestra serenidad... Pero yo miro más tranquilo la muerte... Aún recuerdo las sublimes lecciones que me dísteis de acendrado valor, antes que hubieran el tiempo y el estudio de cien libros, debilitado el vuestro. Estamos solos y nadie pudo veros, por fortuna, desfallecer aquí. Mis oficiales han de guardar conmigo sete secreto que no soportaremos muchas horas... Todo quede enterrado... ¡Y hablemos ya de la postrer batalla!

MARCO No, hijo mío, no puede esto enterrarse. Me enseñaron los años y los libros, que no es lícito nunca el enterrar así la sola vida de un semejante nuestro... Si tú crees que perdí ese valor, que, como único, aplaudes y veneras, tengo otro menos resplandeciente; pero fío que él me permitirá cumplir el resto de mi estricto deber.

GUIDO ¿Qué deber, padre?...

MARCO Romper por todo y terminar la obra. Tú solo de los jueces eres uno, pero el único no, de los de Pisa... Y todos, cuya vida ó cuya muerte va á decidirse aquí, tienen derecho á conocer su suerte y á enterarse de cuanto pueda depender su vida.

GUIDO No acierto á comprender... y bien quisiera no adivinaros. ¿Qué queréis decirme?

MARCO Digo, que al pueblo enteraré ahora mismo de la oferta que te hace Prinzivalle y que, resueltamente, tú rechazas.

GUIDO ¡Está bien... está bien!... Ahora os comprendo. Siento, padre, que hayamos empleado tanta palabra inútil, y que me obligue, al fin, vuestra demencia á faltar al cariño y al

respeto que debo á vuestras canas. . Pero un hijo debe amparar también, contra sus propios extravíos y errores, á un padre que se ofusca y se equivoca... Por lo demás, si lo dudáis, oidlo: Mientras Pisa esté en pie, yo soy su dueño y el guardián de su honor... Torello, Borso, os confío á mi padre... Velaréis cerca de él y, mientras tanto, su nublada conciencia se ilumine. Aquí no pasó nada. ¡Padre mío, os perdono!... También estoy seguro que habréis de perdonarme, cuando llegue la hora en que recordéis que me enseñásteis á ser un hombre superior al miedo y á la debilidad.

MARCO ¡Ya te perdono, sin que llegue esa hora! Tú me prendes, pero es inútil... mi secreto es libre...

GUIDO ¿Qué me queréis decir?

MARCO Que delibera la Señoría ya sobre el asunto.

GUIDO ¿La Señoría?

MARCO Sí; yo le dí parte.

GUIDO ¡Oh! no es posible, no, que hayan podido el miedo de la muerte y los estragos que hizo en vos la vejez, enloqueceros hasta un extremo tal, que así entregáseis mi única dicha, todo mi amor y la pureza toda de nuestra doble vida, que esas gentes van desde luego á pesar y á medir, como si fueran sus propias mercancías... ¡Imposible!... No lo puedo creer... ¡Si esto es lo absurdo!... Si aun viéndolo, también lo dudaría! ¿Y sois mi padre vos, el noble anciano á quien quise imitar con toda el alma? Desde hoy os miraré con más sorpresa; pero con tanto horror, como si viese al monstruo corrompido y miserable que nos sume en afrentas tan inmundas.

MARCO Dices bien... es verdad... ¡no me conoces como acaso debieras!... Fué una falta... un error mío, del que yo me acuso. ¡Ay! cuando la vejez llegó á mi pecho me olvidé de advertirte lo que ella me iba enseñando cotidianamente, sobre la vida y el amor... y sobre la ventura y el dolor humanos... ¡Ah! si entonces te hubiese dicho todo lo que en

mi corazón iba cambiándose... Todas las vanidades una á una de que fué desprendiéndose y las múltiples realidades que fueron ocupando de lleno su lugar... ahora, hijo mío, no extrañaras las frases de este viejo que tanto te sorprende y tan á punto estás de aborrecer.

GUIDO Pues me complace el haberos tan tarde conocido... Respecto á lo demás, sé ya de sobra lo que ha de resolver la Señoría... Es cómodo ¡por Dios! salvarse todos á costa de uno solo, y considero que no han de resistir al dulce halago de esa comodidad, los mercaderes empedernidos cuyas almas secas sólo sienten nostálgica codicia de volver á ocupar sus mostradores... ¡Mas yo no debo á nadie, pero á nadie, tamaño sacrificio... Les he dado mi sangre y mis desvelos... les dí todas las amargas fatigas de este asedio penoso, ¡y es bastante! ¡Lo demás... lo demás me pertenece! ¡No, no obedeceré, que al fin y al cabo, yo mando todavía! Cuando menos me quedan mis trescientos stradiotas que penden de mi voz y estoy seguro de que no atenderán, en ningún caso, al consejo senil de los cobardes.

MARCO Te equivocas... te engañas, hijo mío; porqne la Señoría... esos burgueses que desprecias así, dieron ejemplo de singular nobleza y de una rara serenidad estóica. Todos, todos antes de que en Consejo se llegase á tratar del asunto, resistían deber su salvación al sacrificio del pudor, del amor, de las virtudes de una noble mujer, y resolvieron llamar á Vanna, para que ella sola decida á su albedrío de la suerte de la ciudad de Pisa.

GUIDO Pero ¿cómo?... ¿Ellos se han atrevido?... ¿Y han osado repetir ante ella las palabras de ese sátiro vil?... ¡Mi Vanna ante esos decrépitos y avaros mercaderes!... ¡Ellos que la miraban con el mismo miedo y veneración, con que se mira y respeta lo santo, han de agraviarla diciéndola: «Vé sola, vé desnuda... porque así nos lo piden... Vé á entregar

ese cuerpo—que los ángeles no rozaron siquiera con sus alas—¡así de puro y virginal parece!.. «Ve, que lo exige la salud de todos...» Y se tendrán por justos y por nobles explotando, cobardes, la flaqueza de una honrada mujer!... ¿Y qué harán cuando delibere ante mí la Señoría? Ellos pidieron el asenso á Vanna, mas mi conformidad, ¿quién la ha pedido?

MARCO ¿No te la pido yo?... Si no la alcanzo, ellos vendrán después.

GUIDO ¿Aquí? ¡No tienen para qué traspasar esos umbrales! Ya por ella y por mí, Vanna á estas horas les habrá contestado.

MARCO Así lo espero, si tú tienes por buena su respuesta.

GUIDO ¡Su respuesta!... ¿Pero es que vos dudais lo que ha podido responder mi Vanna?¿Y vos la conocéis?... ¿Y vos la visteis cruzar por esta sala diariamente cubierta de sonrisas y de flores para su único amor... ¡por esta sala! donde ahora vinísteis á venderla?

MARCO He hablado así, porque he visto, hijo mío, en Vanna una tristeza tan profunda, que me hace no dudar en este caso lo que responderá.

GUIDO Si no dudais, tampoco dudo yo. Desde ahora mismo acepto su respuesta. Ciegamente.... irrevocablemente... sin ninguna restricción. Yo la acepto. Y si no fuera idéntica á la mía, es ¡ay! que nuestro grande y sublime amor, no era otra cosa que una mentira inmensa... era que todo lo que adoraba en ella no existía más que en mi corazón que se ufanaba de tener una dicha y solamente adoró con pasión una quimera.

ESCENA ULTIMA

DICHOS, VANNA y acompañamiento

Se escucha el murmullo de una turba que repite dentro, aclamándolo, el nombre de «Monna Vanna». La puerta del fondo se abre y Vanna, pálida y sola, adelanta mientras en el umbral se aprietan, procurando no ser vistos, hombres y mujeres que no se atreven á entrar

GUIDO (Recibiendo á Vanna, adelanta hacia ella, le toma las manos, le acaricia el rostro y la besa febrilmente) ¡Vanna mía!... Mi Vanna, dí, ¿qué han hecho? No, no repitas, no, lo que esos viles te han dicho. ¡Por piedad, no lo repitas! ¡Deja que mire el cielo de tu frente y me abisme en tus ojos!... ¡Todo sigue en tí puro como el agua que rozan con sus alas los arcángeles! No han podido quitarme, no han podido arrebatarme ni siquiera un átomo de cuanto amaba en tí. ¡Dios te bendiga! Cayeron sus palabras, cual las piedras lanzadas contra el cielo, que no logran turbar la claridad resplandeciente de su límpido azul... ¡Cuando hayan visto tus claros ojos de mirar sereno, nada te habrán pedido, estoy seguro! ¡Su misma claridad, respondería poniendo como un lago luminoso de perennal amor, infranqueable, entre sus pensamientos y los tuyos! Pero ahora... acércate... mira aquí á un hombre que se llama mi padre... ¿Le ves, Vanna? Baja la frente... sus cabellos blancos cubren su rostro... ¡Bah! será preciso perdonarle... ¡Es ya viejo y se equivoca! Hay que compadecerle... Ni tus ojos bastan á disuadirle... ¡Está tan lejos de nosotros también!... ¡No nos conoce! Sobre su vejez ciega ha ido pasando, pasando nuestro amor ¡ay! como pasa una lluvia de Abril sobre una roca por la mano del tiempo carcomida. Cree que amamos nosotros como esos que ni sienten ni aman... No comprende sin palabras que expliquen... ¡Necesita la respuesta!... ¡Anda,

Vanna... dile... dile tu respuesta... anda, dila!

VANNA (Acercándose á Marco.) ¡Padre mío; yo bajaré esta noche al campamento!

MARCO (Besándola la frente.) ¡Hija del corazón, ya lo esperaba!

GUIDO ¿Qué, Vanna, qué le has dicho?

VANNA Que esta noche yo pienso obedecer...

GUIDO Pero, ¿qué dices? Obedecer, ¿á quién? Yo nada dije...

VANNA Digo, que luego bajaré á la tienda de Prinzivalle.

GUIDO ¡Oh, ya!... Para matarle... ¿para morir con él?... ¡Eso, sí; eso!... ¡Al menos para eso se comprende!...

VANNA No, no le mataré. ¿Qué se lograba?... ¡Tomarían á Pisa!...

GUIDO ¿Qué?... ¿Qué dices?... ¿Pero eres tú?... ¿Pero perdiste el juicio?... ¿Amas á Prinzivalle?... ¿Desde cuándo?

VANNA ¡No le he visto jamás! No le conozco. Alguien llegó á decirme que es un viejo... Yo no sé más

GUIDO Te engañan, es mentira. ¡Prinzivalle no es viejo, es arrogante y más joven que yo, mucho más joven! ¿Pero por qué ese bárbaro no quiso pedir algo posible?... De rodillas yo hubiese ido hasta su misma tienda para salvar nuestra ciudad y hubiese abandonado á Pisa en el instante para errar solo y pobre mendigando por los campos desiertos... ¿Pero esa innoble petición?... ¡Jamás se ha visto que el vencedor á tanto se atreviese!... ¡Si no lo quiero creer!... No, Vanna mía; no has dicho nada, no. Todos esperan que hables al fin. ¿Lo ves? ¡Nadie te ha oído! ¡Dí, Vanna, todo lo que yo deseo y cuanto debas de decirme para que se arraigue en mi ser y se sostenga todo lo que en mi ser se desmorona!

VANNA Ya sé, Guido, que el caso es muy penoso para tí... sé que tú...

GUIDO ¿Pero es el caso solo penoso para mí?... ¡Oh, tú nunca me has querido!... ¡Todo esto es

quizá para tí como una fiesta en que invita y atrae lo inesperado! ¡Ah! pero soy tu dueño, aunque se diga y haga lo que se quiera... ¿Y si ahora me sublevo?... Y si mando que te encierren en el más escondido calabozo de nuestra fortaleza?... ¡Sí, lo mando! ¡Obedeced, prendedla! ¡Ya lo dije!

VANNA ¡Guido, bien sabes tú!...

GUIDO Pero, ¿qué hacen? ¿Nadie obedece?... Tú, Borso... Torello, ¿no oísteis mi voz? ¿Estáis petrificados?... Y vosotros, vosotros que entre puertas escucháis sigilosos ¿tampoco oísteis mi voz?... ¡Entrad... tomadla!... os pertenece... ¡Ya es de todo el mundo!... ¡Lo comprendo!... ¡Sus almas de granito tienen miedo á la muerte!... ¡Quieren todos vivir!... ¡Hallan su vida en mi agonía, y miran impasibles que me muero! ¡Señor, es demasiado!... ¡Es demasiado!... ¿Y por qué yo he de ser y no vosotros?... ¿Y si yo te matase y prefiriese la muerte á la vergüenza?... ¿No pensaste en que pudiera hacerlo? Pues sí... ¡mira!... (Tirando de la espada, sin llegar á desenvainarla.) ¡Un gesto tuyo falta, un gesto solo!

VANNA ¡Hazlo, Guido, si el amor te lo ordena!

GUIDO ¡Si el amor te lo ordena!... ¡Todavía habla de amor quien nunca lo ha sentido! ¡Tú no has amado nunca, desdichada!... ¡Veo tu corazón árido y seco como un desierto estéril, donde todo lo ha enterrado mi amor!... ¡Ah, no hay siquiera ni un suspiro en tus labios... ni una lágrima que arranque de tus ojos!...

VANNA ¡Guido!... ¡Guido!... Ten piedad... Ya lo ves, ni aun hablar puedo... Me muero... me consumo...

GUIDO (Estrechándola bruscamente entre sus brazos.) ¡Vanna, Vanna, ven á mis brazos, Vanna, que en mis brazos está la vida!... ¡Ven!

VANNA (Desprendiéndose de ellos con energía y entereza.) ¡No, no!... ¡No, Guido! ¡Nada puedo decir!... ¡Toda mi fuerza se desvanecería si dijese una sola palabra!... No, no puedo... Quiero... he reflexionado... lo sé, te amo y te lo debo todo... Acaso sea un monstruo, sí; lo soy,

¿pero, es preciso?... ¡debo ir, é iré!... ¡Iré!... ¡Iré!...

GUIDO ¡Bien! Vete... vete... Aléjate de aquí... ¡Vé, te abandono!

VANNA (Cogiendo á Guido cariñosamente por las manos.) ¡Guido!...

GUIDO ¡No me retengas!... ¡Ah, mi padre te conocía bien!... ¡Es obra vuestra... terminad la obra!... (A Marco.) Id allá abajo y llevadla vos mismo al campamento... Yo os esperaré aquí... Mas no penséis que tome mi ración de pan y carne que Vanna va á pagar... pronto una fosa pondrá término á todo.

VANNA ¡Guido, mírame!... ¡Esa amenaza tuya!... ¡Quiero verte!...

GUIDO Aléjate, mujer; no te conozco. (Cambio de tono.) La tarde va cayendo... el tiempo urge... ¡No te inquietes por mí!... ¡No temas nada! ¿Tengo el aspecto yo del exaltado que pueda realizar una locura? Nunca sobre el amor que se deshace se muere de este modo... Solamente vacila la razón cuando se ama. La mía está bien firme... Ya ví á fondo el amor y el pudor... (Tratando de apartar las manos de Vanna que sujetan las suyas.) ¡Abre tus dedos... ábrelos... suelta ya, que ellos no pueden retener el amor, cuando se aleja!... ¡Todo acabó, no queda ya ni rastro!.. ¡Adiós!... ¿Bajas al fin?..

VANNA ¡Sí!

GUIDO Pero, ¿vuelves?

VANNA ¡Sí!

GUIDO ¡Está bien!... ¡Vanna, adiós!... ¡ya nos veremos!... ¡Ay, quién me hubiera dicho que mi padre mucho mejor que yo la conocía!... (Vacila y se apoya en una de las columnas de mármol del salón. Vanna sale sola y lentamente sin mirarle.—Telón lento.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

La tienda de Prinzivalle. Desorden suntuoso. Colgaduras de seda y oro. Armas, líos de pieles preciosas, grandes cofres medio abiertos desbordando alhajas y telas resplandecientes. Al fondo la entrada de la tienda, cerrada por amplio «portiere» de rica tapicería.

ESCENA PRIMERA

PRINZIVALLE y VEDIO

(Prinzivalle de pie cerca de una mesa arregla pergaminos, planos y armas. Entra Vedio.)

VEDIO Aquí tenéis una carta, señor, del Comisario de la República. (Le da un pliego.)

PRIN. ¿De Trivulzio?

VEDIO Sí, el segundo Maladura, no ha vuelto todavía.

PRIN. (Después de leer el pliego.) Por lo visto, no es fácil resistir á las tropas venecianas que por el Casentino hostigan á Florencia. (Despues de haber vuelto á leer.) Me comunica, con arresto inmediato, si hoy al amanecer, no se acomete el decisivo asalto contra Pisa... ¡Bah! ¡Me queda la noche!... No sospechan... ¡El arresto!... Creerán los florentinos que puede amedrentarse con bravatas al hombre que ahora mismo está esperando el momento supremo de su vida!... ¡Amenazas!... arresto...

proceso... delación... ¡Nada me importa! Si pudiesen me hubieran ya arrestado... ¡Conmigo no se atreven!... ¡Es muy pronto!

VEDIO. Micer Trivulzio al entregarme la orden dijo que me seguía... Viene á veros.

PRIN. ¿Por fin se ha decidido? ¡Que me place! ¡Así la conferencia inopinada será definitiva y concluyente!... Ese hombrecillo ruin endeblucho y artero, que me odia y que es la mano oculta de Florencia, va á pasar una noche, ¡por mi vida! como él no esperará. ¿Qué guardia hay á la entrada?

VEDIO. Dos lebreles: Diego y Hernando.

PRIN. ¡Bah! Vivo seguro de que obedecerán, aunque les mande encadenar al mismo Padre Eterno. Haz que enciendan las lámparas. La noche avanza ya. ¿Qué hora es?

VEDIO. Dieron las ocho.

PRIN. ¿Y no ha vuelto Colonna?

VEDIO. Dí la orden en todas las primeras avanzadas de conducirlo aquí cuando llegase á atravesar el foso. (Dispone el alumbrado.)

PRIN. ¡Convinimos en que antes de las nueve volvería, si mi proposición se rechazaba!... ¡Es la hora suprema; la que decidirá de mi ventura! ¡Ah! ¡Mi vida se encierra en esta hora! ¡Increíble parece que ponga el hombre todo su destino, su pensamiento y su pasión; su dicha y su infelicidad, en una cosa tan tornadiza y frágil como el amor de una mujer!... Yo mismo sonreiría de pensarlo, si todo esto no fuera algo, muy superior á mis sonrisas. Marco no vuelve... ¡Ella será entonces la que debe venir!... ¡Vé, Vedio; mira si ya luce el fanal que ha de anunciarla; si desde aquí se advierte, la luz que debe preceder los pasos de la que así se entrega en sacrificio por todos... la que ahora vendrá acaso á salvarme, al mismo tiempo que á salvar á Pisa! ¡Ah... no... espera! ¡No quiero que otros ojos, aunque sean los tuyos, retarden á los míos un instante la ventura que espero desde los dulces días de mi infancia! (Va á la puerta y mira con ansiedad á fuera.) ¡La

luz, Vedio; la luz! ¡Mírala!... ¡Mírala, cómo brilla serena!... ¡Cómo vence á la noche! ¡Sin duda que la han puesto en lo más alto del campanil que se alza entre las sombras! Ninguna otra luz brilla en las murallas ni sobre la ciudad. ¡Oh! ¡Valientes pisanos, esta noche celebraréis vosotros una hora de dicha inolvidable y yo voy á sentir mayor ventura que si hubiese salvado á la ciudad en donde vine al mundo!

VEDIO (Cogiéndole del brazo.) Entrémonos, señor, Trivulzio llega.

PRIN. Es prudente... es preciso todavía.. Despacharemos pronto. ¿Y las tres cartas?

VEDIO No hay más que dos.

PRIN. (Buscándolas entre los papeles de la mesa.) Las dos que yo he cogido y la orden de esta noche.

VEDIO La tercera fué la que vos rompistéis.

PRIN. Ya lo siento.

ESCENA II

DICHOS y TRIVULZIO

TRIV. (Entrando.) Prinzivalle, decid: ¿No habéis notado una luz muy extraña que desde el campanil hace señales?

PRIN. ¿Creéis que lo serán?

TRIV. Sin duda alguna.. Tengo que hablar con vos.

PRIN. Pues ya os escucho. ¡Déjanos, Vedio!... Pero no te alejes, te he de necesitar. (Vase Vedio.)

TRIV. Creo que sabéis que os estimo de veras, Prinzivalle... ¡Así supiera yo, si revelándoos cuanto se trama contra vos, hoy cumplo con mi deber estricto!... Pero á veces es el deber estricto, más funesto que la más temeraria confidencia... Os he de confesar que se os acusa por vuestra lentitud é indecisiones, y hasta hay quien pone en duda abiertamente vuestra misma lealtad... Yo creo que todo pudiera repararse, si dáis mañana mismo sobre Pisa.

PRIN. ¿Lo habéis dicho ya todo?.. ¿Es esta orden, que me acaban de dar, de vuestra mano?

TRIV. Sí.

PRIN. ¿Es vuestra letra?

TRIV. Sí.

PRIN. ¿Reconocéis también estas dos cartas?

TRIV. ¡Quizá!.. No sé... veré su contenido... Necesito saber...

PRIN. Es todo inútil, lo sé yo y basta.

TRIV. ¡Ya! Serán las mismas que habéis interceptado... Para eso las remití... Ya veo que la prueba me resultó eficaz...

PRIN. ¡Bah, no tratáis con un niño, Trivulzio!... ¡Terminemos! Sé que no habéis dejado á la calumnia nada que pueda hacer en contra mía... que fuisteis preparando, bajamente, de antemano la excusa indispensable á la avaricia ingrata de Florencia, para que un mercenario victorioso no le resulte demasiado caro... Sé que seré juzgado sin proceso y condenado á muerte... Pero, oídlo; Si hasta hora os fuí leal, desde hoy dispongo vuestra ruina, y esta misma noche Pisa se salvará, volverá á alzarse para desafiaros todavía. (Trivulzio hace movimientos, como si tratase de buscar un arma.) ¡No os mováis... no haced gestos inútiles! Todo es inevitable. ¡Mis medidas están tomadas, y lo mismo que ahora os tengo en mi poder, está en mi mano la suerte y el destino de Florencia!

TRIV. (Qué habrá sacado cautelosamente un puñal, se levanta y asesta un golpe á Prinzivalle que éste para, no sin que antes le hiera en el rostro.) ¡Todavía mis brazos están libres!

PRIN. ¡Ah!... ¡Suelta!... ¡Así!... ¡Por Dios, que no esperaba que ahora el terror os arrojase á tanto! ¡Ved vuestra propia daga!... No tenía más que dejarla caer... ¡parece que ella busca vuestra garganta!... ¿No teméis? ¿No os veo pestañear?

TRIV. Hundidla pronto... Tenéis derecho á hacerlo... Yo sabía que entregaba mi vida.

PRIN. Pero entonces, ¿es sincero el amor que por Florencia?... ¡Me asombra, sí!... ¡Es el caso

tan raro!... No habría muchos entre los hombres de armas, que así, de esta manera, se arrojasen cara á cara á la muerte... y nunca pude sospechar que dentro de ese ruin cuerpecillo...

TRIV. ¡Los que luchan buscando el laurel de la guerra, no creen en más valor que en el que brilla y se yergue en la punta de un acero desnudo!

PRIN. Tal vez tenéis razón... ¡Muy bien! Ahora no os dejo en libertad... pero os prometo trataros sin rigor... ¡Somos dos, que por sendas bien distintas, servimos á dos Dioses diferentes!...¡Venga esa mano!

TRIV. Es pronto todavía. Yo sólo os la daré cuando el castigo...

PRIN. Sea como queráis... Perdéis ahora... ¡Ya ganaréis mañana! (Llamando.) ¿Vedio? ¿Vedio?

VEDIO ¡Señor!... ¿Estáis herido? ¿Qué os ocurre? Hay sangre en vuestro rostro.

PRIN ¡Bah! ¡no importa! Que lleven esos guardias á este hombre... que no se le haga daño... que le guarden en un lugar seguro y que procuren que ninguno le vea... Hernando y Diego me responden de él... Cuando yo ordene se pondrá en libertad. (Entran dos guardias que habrá llamado Vedio y todos se llevan á Trivulzio.)

ESCENA III

PRINZIVALLE: luego VEDIO

PRIN. Es cierto que la sangre corre copiosamente de la herida como si interesase alguna arteria... El tajo no es profundo pero ha cogido la mitad del rostro. Quien pensara que un hombre tan raquítico .. ¿Ya está?... (A Vedio, que entra)

VEDIO Sí... ¡Mirad que acaso os perdéis, señor!

PRIN. ¡De esta manera, me quisiera perder toda la vida! ¡Jamás habrá hombre alguno conseguido, como yo logro ahora, unir con el pla-

cer de una venganza, tan grande como justa, la sola dicha que soñara, desde que aprendiera á soñar! Esta dicha la hubiese yo esperado y la hubiese acechado y perseguido á través de tormentos y de crímenes... porque era necesaria á mi existencia y me pertenecía... Y cuando aquí mi estrella venturosa en sus rayos de plata me la trae, ¿dices tú que me pierdo?... ¡Pobres hombres que no conocen, porque nunca amaron, la llama del amor!

VEDIO Sigue corriendo la sangre... ¡Vedla!... Permitid que os cure y que os vende la cara.

PRIN. Hazlo ya que es preciso; pero cuida de colocar la venda de manera, que no tape mis ojos, ni sujete los labios de mi boca! (Vedio le venda la cara y cuando ya está, Prinzivalle se mira á un espejo de mano.—Colocándose mejor la venda.) ¡Así, no!... ¡Más arriba!... ¡Pobre Vedio! ¿qué será ahora de tí?...

VEDIO ¡Yo os seguiré, señor!

PRIN. No, no; abandóname... ¡Quien sabe lo que á mí podrá ocurrirme! No te perseguirán si escapas solo mientras con tu dueño... En esas arcas tengo oro; es para tí... Te lo regalo. ¡Yo no lo necesito!... ¿Las carretas las engancharon ya?

VEDIO Todo dispuesto espera vuestras órdenes.

PRIN. ¡Bien! Al hacerte yo una señal, que salgan para Pisa. (Se oye un disparo de arma de fuego.) ¿Un disparo?

VEDIO Será en las avanzadas.

PRIN. Pues, ¿quién ha dado la orden?... ¿No advertiste?... ¡Si hubiesen disparado sobre ella!..

VEDIO Eso no puede ser. Tengo apostados cien guardias que al instante que aparezca, escoltándola la guiarán hasta aquí.

PRIN. ¡Anda, recorre el campo, á ver qué ocurre!

ESCENA IV

PRINZIVALLE y VANNA.

(Prinzivalle queda solo un momento. Vedio vuelve y dice en voz baja: «Señor» y deja pasar á Vanna. Luego se retira. Monna Vanna se detiene en el umbral de la puerta, envuelta en un largo manto. Prinzivalle se estremece y da un paso hacia su encuentro.)

VANNA (Con voz baja.) ¡Vengo, como quisísteis que viniese!

PRIN. ¡Oh, sangre en vuestra mano!... ¿estáis herida?

VANNA Poco... rozó una bala por mi espalda.

PRIN. ¿Cuándo?... Pero, ¿es posible?... ¿Cómo ha sido?..

VANNA Cuando me aproximaba al campamento.

PRIN. Pero, ¿quién disparó?

VANNA ¡No lo sé!... ¡Huía!...

PRIN. ¡A ver... á ver!..

VANNA (Descubriéndose un poco la espalda, por la parte del cuello.) Mirad.

PRIN. ¡Bah! por fortuna, no penetró la bala; solamente ha rozado la piel. ¿Os duele mucho?

VANNA No.

PRIN. ¿Queréis que os la vende?

VANNA No.

PRIN. Estáis resuelta.

VANNA Sí.

PRIN Las condiciones...

VANNA Es inútil, las sé.

PRIN. ¿Y no sentís pesar?...

VANNA Era preciso no venir con pesares.

PRIN. ¿Consiente vuestro esposo?

VANNA Sí.

PRIN. Yo estoy dispuesto á que obréis libremente... Todavía ¿si queréis renunciar?..

VANAN No.

PRIN. ¿Por qué causa decidísteis venir?

VANNA Porque allá mueren de hambre, y morirían mañana, muchos más.

PRIN. ¿Sólo por eso?

VANNA ¿Por qué, si no, viniera?...

PRIN. Bajo el manto que os cubre, ¿estáis desnuda?...

VANNA Sí. (Hace un movimiento como para despojarse del manto. Prinzivalle la contiene con un ademán respetuoso.)

PRIN. ¿Habéis visto dispuestos ahí delante las carretas... los bueyes?...

VANNA Sí.

PRIN. Hay doscientas llenas del mejor trigo de Toscana, otras tantas, cargadas de forrajes, de frutas y de vino; otras y otras, con pólvora y con plomo... Ellas y los rebaños, solo esperan que lo ordenéis, para partir á Pisa. ¿Queréis verlos marchar?

VANNA Sí.

PRIN. Pues ahora. Venid aquí á la puerta. (Descorre por completo el tapiz que cierra la puerta y desde ella hace una señal con la mano. Se eleva un rumor sordo é imponente, se encienden antorchas y chasquean látigos. Crugen las carretas y los rebaños mugen, balan y patean. Vanna y Prinzivalle, de pie en el umbral de la tienda, miran un instante alejarse el enorme convoy á la luz de las antorchas en la noche estrellada.) Ya esta noche, gracias á vos, en Pisa no habrá hambre... Será invencible y cantará mañana, en la embriaguez alegre de la gloria un triunfo que ninguno presumía... ¿Os basta eso?

VANNA Sí.

PRIN. Dadme la mano y cerremos aquí; que aunque es la noche tibia, el amanecer... ¿Venís sin armas? ¿No traeréis acaso algún veneno oculto?

VANNA Mi manto y mis sandalias solamente... Despojadme de todo, si teméis una emboscada.

PRIN. No, por mí no temo; sino por vos.

VANNA ¿Por mí?... ¡Yo puse siempre estas cosas por bajo de la vida!

PRIN. ¡Es verdad... es verdad!... ¡y tenéis mucha razón!... Venid y descansad... El lecho de un soldado es indigno de vos. Descansaréis aquí, sobre estas pieles que ignoran todavía cuán suave y precioso es el ingrávido cuerpo

de una mujer... Poned vuestra cabeza sobre esta piel de lince que una tarde me regaló un rey de Africa, después de conseguida una victoria... Esa lámpara ofende vuestros ojos... ¿Queréis que la coloque en otro lado?

VANNA ¿Qué más da? (Prinzivale la habrá conducido hasta un diván, en donde Vanna se sienta estrechamente rebujada en su manto.)

PRIN. (Arrodillándose al pie del diván y cogiendo una mano de Vanna) ¡Vanna! ¡Vanna!... ¡Vanna mía!... ¡Yo también he adquirido la costumbre de llamaros así!.. ¡Ah! desfallezco pronunciando ese nombre! ¡Estuvo tanto tiempo encerrado aquí, (Por el corazón.) que ahora no puede salir de su prisión ¡ay! sin romperla... ¡El es mi mismo corazón!... ¡No tengo otro! Cada una de sus sílabas, contiene toda mi vida, y cuando las pronuncio es ¡ay! mi vida entera la que escapa. Ya me era familiar. . le perdí el miedo á fuerza de nombrarlo y repetirlo... Años y años... todos. . todos los días... y siempre... á todas horas yo lo iba repitiendo... repitiendo, como una gran palabra de amor, que era preciso afrontar con arrojo el proferirla aunque fuese una vez... una vez sola, en presencia de aquella peregrina mujer que lo evocaba. Yo creí que mis labios ya tenían la forma de ese nombre y que sabrían repetirlo ahora con tan suave dulzura, con respeto tan grande y tan humilde, que ella solo al oirlo comprendiese todo el amor... la devoción que inspira... Pero hoy no es el mismo... lo desconozco, al pronunciarlo ahora, mis labios balbucientes, entrecortado por los sollozos y atormentado por los temores... ¡he puesto en ese nombre muchas cosas y la emoción... la adoración... el culto que en él he concentrado, quebrantan hoy mis fuerzas y hacen morir la voz en mi garganta!

VANNA ¿Pero vos?... ¿Quién sois vos?..

PRIN. ¿No me reconocéis?... ¿Nada os recuerdo?... ¡Qué grandes maravillas hace el tiempo que pasa!... ¡Nadie soy para vos!... Soy solo un

hombre que un instante ve ahora el objeto de toda su existencia. Soy solo un desdichado que nada pide... que siquiera sabe lo que anhela pedir, mas quien querría deciros—si pudiese, sólo para que vos hoy lo supiérais antes de abandonarle—lo que fuísteis para él y lo que espera que habéis de ser, mientras le quede vida!

VANNA ¡Ah! ¿vos me conocéis?... ¿Quién sois?... ¡Decidlo!

PRIN. ¿No vísteis nunca, á quien os mira absorto?

VANNA No... Yo al menos no recuerdo... No sé...

PRIN. ¿No lo sabéis?... ¡Es claro!... ¡Siempre estuve seguro de que vos no lo sabíais! .. Apenas si teníais quince años... yo contaría doce solamente cuando allá os conocí.

VANNA ¿Dónde?

PRIN. En Venecia. Un domingo de Junio... Mi padre, un viejo orfebre, veneciano, fué á llevar un collar á vuestra madre y yo le acompañé... Mientras miraba la señora las perlas, yo esperando recorría el jardín... Os vi de pronto entre unos mirtos, cerca de una fuente de amplio pilar de jaspe... Junto al borde llorabais afligida... Habíais dejado caer en el agua una sortija de oro... La vi en el fondo del estanque y súbito, con la velocidad de la centella, entré en el agua .. la cogí, y solícito, la puse en vuestras manos... Vos entonces me sonreísteis. . me besásteis luego llena de gratitud... y quedásteis alegre.

VANNA Era un muchacho que se llamaba... ¿Cómo se llamaba?... ¡Gianello!... ¿Eres tú?

PRIN. Sí.

VANNA ¿Pero, cómo?... ¿Quién os pudiera haber reconocido?... Además, esas vendas os ocultan la cara... Apenas veo más que vuestros ojos.

PRIN. (Apartando el vendaje) ¿Y ahora?

VANNA Sí... ahora... me parece que sí, porque aun tenéis vuestra sonrisa de niño... ¡Os reconozco!... ¿Mas qué es eso? ¿Os hirieron también?... La sangre corre...

PRIN. ¡Bah, no es nada!

VANNA Sí... pero la sangre lo cala todo... Permitid

que ahora os vende yo la herida. . ¡En esta guerra (*Le arregla el vendaje.*) curé tantos heridos!... Sí... me acuerdo.. ¡Vaya si me acuerdo! Me parece que veo aquel jardín... con sus granados... sus laureles, sus mirtos y sus rosas... Hemos jugado allí más de una tarde... cuando la arena ardía bañada por el sol...

PRIN. Sí, doce veces; las llevo en la memoria.

VANNA Luego esperé un domingo, y esperé... y esperé... porque, ¡me acuerdo! os quería yo mucho.. Erais formal y dulce y me mirábais con el mismo respeto que se mira á una reina muy joven... Esperé y esperé...- ¡Ya no volvísteis!

PRIN. ¡Era un niño! Mi padre me arrancó de Venecia.... Fuimos á Africa... nos perdimos en aquellos desiertos... Después fuí prisionero de los turcos... de árabes... de españoles... ¡Ah! ¿qué sé yo?.. Cuando volví á Venecia vuestra madre había muerto... ¡y aquel jardín estaba abandonado! Encontré vuestras huellas nuevamente, gracias á vuestra espléndida hermòsura que iba por todas partes dejando en pos su luminosa estela. . Y aquel amor inexplicable y hondo que vino á herir mi corazón de niño fué ensanchando... ensanchando... hasta absorber del hombre la existencia.

VANNA Sí, sí; me habéis amado como se ama solo en aquella edad. . Pero, creedme, son el tiempo y la ausencia los que cuidan y agrandan el amor embelleciéndolo.

PRIN. ¡Ah! no, Vanna; mi amor no estuvo nunca expuesto á contingencias semejantes, ni jamás lo agrandó mi fantasía. Todo es en mí, mi amor. Soy de esos seres creados en la tierra para un único amor. ¡Solo para uno! ¡Tengo esa prodigiosa desventura!... Pero han usado tanto los amantes—el montón de dichosos amadores—estas mismas palabras, se han profanado tanto estos ćonceptos, que el que ya los escucha, no les da otro valor que ese que tienen en el común lenhuaje vago y convencional, sin importancia.

VANNA No. ¡Yo, no! Yo comprendo lo sublime de ese amor que se espera hasta la muerte, sí... Pero á mí, el tiempo, que extingue, á pesar nuestro, tantas cosas, me obligó á renunciar á ese prodigio—como vos le llamais—de desventura... ¿Pero qué sucedió, cuando de nuevo encontrásteis mis huellas?... ¿Procurásteis el volver á encontraros frente á frente de la mujer que amábais de ese modo?

PRIN. Supe en Venecia que murió arruinada vuestra madre y que estábais prometida á un gran señor toscano, tan poderoso y rico, que iba á haceros, casándose con vos, casi una reina adorada y dichosa... Yo podía ofreceros entonces solamente la miseria de un pobre aventurero sin patria ni descanso... El sacrificio que yo le hice á mi amor, lo demandaba el destino con voz inexorable... Fuí un mercenario más. En varias guerras se hizo mi nombre célebre y glorioso y esperaba otros días—sin esperar en nada,—hasta que en esta guerra, el florentino me envió como jefe contra Pisa.

VANNA ¡Qué cobardes... qué tímidos... qué débiles son los hombres cuando aman! Yo no os amo, es verdad, no os engañásteis; ni podría deciros fijamente si os pude haber amado; pero eso hace en mi corazón saltar el alma del amor, cuando veo cómo un hombre que en sí pretende amarme—como quizá yo misma hubiese amado—se rinde sin valor y desfallece ante su mismo amor!

PRIN. No; yo tenía valor. Para volver me fué preciso más del que presumís... Pero era entonces ya demasiado tarde.

VANNA ¡Nunca es tarde cuando por fin se halla el amor que compone una existencia! ¡Cuando no espera nada, está esperando; cuando más desespera y desfallece, más abre el corazón á la esperanza! Yo en caso igual no hubiera consentido que el azar me arrancase de mi lucha, hasta que el que yo amaba lo supiese, y él mismo pronunciara la sentencia una vez y otra vez... y todavía, yo hubiese per-

seguido mi esperanza sin tregua, sin temor, por todas partes... Y de día... de noche... en la cima... en el llano. . en los abismos de la mar rugiente y en las mismas entrañas de la tierra.

PRIN. (Buscando para cogerla una mano de Vanna) ¿Tú no le quieres, Vanna?...

VANNA ¿A quién?

PRIN. A Guido.

VANNA (Retirando su mano.) ¡No, no busques mi mano, yo no la doy, Gianello!. . Por lo visto, no fueron mis palabras tan claras como yo me proponía... La soledad y casi la pobreza en que quedé cuando murió mi madre, jamás hicieron recelar á Guido: tuvo confianza en mí... por eso solo me casé complacida. Me ha hecho dichosa, en cuanto puede ser.o quien renuncia á esos sueños fantásticos y locos que no parecen hechos ciertamente como lo pide nuestra vida humana... Ya vereis vos—pues yo casi lo espero—que se puede llegar á ser dichoso, sin pasar la existencia esperando... esperando una ventura que en la tierra no puede conseguirse... Yo quiero á Guido ahora con un amor, no tan extraordinario como el que creeis tener; pero sin duda más igual y más fiel y más seguro... Es el amor que me otorgó la suerte... ¡Yo lo acepté gozosa, y si alguien lo rompiera, yo no había de ser; estoy segura!... Os habeis confundido... Si yo dije algo, que al explicar vuestro desmayo, probaba vuestro error, no lo decía por vos; fué por nosotros, por nosotros por quien yo hablaba así. Fué sólo su nombre de un amor entrevisto en su primera aurora, pero que no es el mío, ni el amor vuestro, porque tampoco hicísteis lo que ese amor hubiera realizado.

PRIN. Juzgais mi amor muy duramente, Vanna, y no sabeis, ni sospechais siquiera todo lo que ha sufrido, lo que ha hecho para llegar al fin hasta este instante supremo, de una dicha, que los otros amores habrían desesperado de alcanzar... ¡Ay! ¡creedme, Vanna!

—Y deberéis creerme, porque se cree sin esfuerzo alguno á los que nada esperan... á los que resignados nada piden... ¡No receléis de mí! Ya ni esa mano que yo os quise coger, porque creía que me habíais comprendido, intentaré tocar, ni con mis dedos, ni con mis labios, en manera alguna, para que al fin, al separarnos ahora, quedéis al menos convencida, Vanna, de lo que fué este amor, que os amó tanto, y que solo detúvose cuando cerró su paso lo imposible!

VANNA Por eso, por lo mismo que os parece cualquier cosa imposible, temo y dudo... En un amor tan grande como el vuestro, hay algo de sagrado, que debe estremecer, tener inquieta á la mujer más firme y virtuosa... Cuando repaso y examino todo lo que vos habeis hecho... quedaría tranquila... hasta contenta, si no hallase nada marcado con el triste signo de esa pasión mortal, que raras veces es bendita en la tierra... y estaría segura de no hallarlo, sin esto que ahora hicísteis arrojando á un abismo locamente pasado y porvenir y gloria y vida... todo cuanto teníais... todo... todo, para hacerme venir hasta esta tienda tan solo unos instantes... Y eso basta para que piense yo, cuando os escucho, que sin querer, vos mismo os engañais.

PRIN. ¡Podéis estar tranquila! Ese acto mío, no puede probar nada.

VANNA ¿No?

PRIN. ¡Prefiero confesar la verdad! Cuando yo os hice venir aquí para salvar á Pisa, nada sacrifiqué.

VANNA ¿Cómo? ¿No hicísteis traición á vuestra patria? ¿No habeis roto vuestro brillante porvenir?... ¿Acaso no sereis condenado á extrañamiento... á la muerte tal vez?...

PRIN. En realidad, no tengo patria alguna. Si yo tuviese patria, por un amor, cualquiera que este fuese, no la hubiera vendido. Pero soy solamente un mercenario, fiel, cuando se le es fiel; y que traiciona con el mismo rigor,

á sus traidores. Acusado falsamente á Florencia he sido condenado sin proceso, por esa taifa vil de mercaderes que gobierna la pérfida república... Ya sabía esta tarde, al proponer el pacto á los de Pisa, que yo estaba perdido sin remedio... Nada pude arriesgar; por el contrario acaso me salvara, si es que un azar cualquiera puede hacer que me salve todavía.

VANNA ¿De manera, que el sacrificio entonces que llegásteis á hacerme, fué bien poco?

PRIN. Ninguno. Mi lealtad debe decirlo... Repugnara á mi amor y á mi conciencia comprar con la mentira ni una sola de las leves sonrisas de esos labios.

VANNA ¡Bien, Gianello; muy bien! Más vale eso que el amor y sus pruebas más gallardas. No necesitas ya buscar más tiempo mi mano. ¡Aquí la tienes!

PRIN. ¡Ah! ¡yo hubiese querido por el amor haberla conquistado!... ¿Mas, qué me importa ya?... Tu mano es mía, la tengo entre mis manos, Vanna; miro su tersa nitidez y... dulcemente me embriago en su frescura perfumada... la acaricio... la estrecho, como si ella fuese á contestarme en el lenguaje misterioso y mágico que los amantes se hablan... y la beso... la beso sin que tú la retires, ¡Vanna mía!... Y dime... dime. Cuando tú aceptaste el venir hasta aquí, ¿sabías acaso quien era yo?

VANNA No. En Pisa circulaban las más raras versiones sobre el jefe de los contrarios; y para unos, era un viejo repugnante... para otros, un Príncipe gallardo, lindo y joven.

PRIN. Y al venir aquí sola... de esa manera y sin defensa alguna para entregarte á un bárbaro, ¿tu carne no se ha estremecido?... Dí ¿no ha temblado tu corazón?

VANNA No; era preciso y vine.

PRIN. Y aquí, al reconocerme ¿no has temido?

VANNA ¿No te acuerdas?... Entonces el vendaje me impidió conocerte... luego ya fué otra cosa... Ya sabía... Pero tú, cuando entré por esa

puerta, ¿qué intentabas hacer?... ¿Es que pensabas llevar hasta lo último tu estratagema horrible?

PRIN. ¡Ah! ¡yo no sé lo que pensaba entonces! Estaba ya perdido y deseaba también perderlo y terminarlo todo... Mi mismo amor, me hacía aborrecerte... ¡Oh! cuando pienso en esto desvarío... Hubiérame bastado, un gesto, ó una voz ¡ay! que no fueran ni tu voz ni tu gesto. Pero al verte pasar esos umbrales ví también, Vanna mía, que mi aborrecimiento era imposible.

VANNA Así lo comprendí, porque nosotros sabemos entendernos sin palabras... ¡Es sorprenderte!... Creo que en tu caso hubiera hecho lo mismo que tú has hecho... ¡A veces me figuro que eres tú quien me escucha y que yo soy quien dice todo lo que tú me dices!

PRIN. Y yo también. Desde el primer instante me sentí transformado... Sumergía en tu sér mis miradas, como en una onda fresca, y ya las retiraba de tus ojos resplandecientes de luz, resplandecientes de amor, sinceridad y confianza. Paréceme que salgo de una obscura prisión, y que sus puertas herrumbrosas y sucias, se engalanan de flores .. sus muros se deshacen y el ambiente fresco de la mañana, me acaricia inundando á mi amor de su frescura!

VANNA También yo me he sentido transformada. A mí misma me asombra, haber llegado á hablarte como lo hice desde el primer momento... Sólo al verte, he sentido que ya te conocía, sin recordar haberte visto nunca.

PRIN. Dí, ¿me hubieras amado si el destino maldito no me hiciera llegar tan tarde á tí?

VANNA Si yo pudiese decirte que quizá te hubiese amado, ¿no fuera amarte ya, Gianello?... Sabes tú, tan bien como yo, que es imposible...

....

¡Oh! pero aquí nosotros todavía hablando... hablando... igual que si estuviéramos en una isla desierta... Si en el mundo estuviera yo sola... Olvidamos á quien sufre, Gianello,

mientras los dos sonreímos al pasado... Cuando salí de Pisa, ¡era el dolor de Guido, tan intenso!... ¡La angustia de su voz... de su semblante!... ¡Ya no puedo esperar!... La aurora luce y ansío ya saber... Pero, ¿no escuchas? Son rumores de marcha... Alguien mueve la tienda... Parece que el azar llega á avisarnos... ¡que tiene más entrañas que nosotros!

VEDIO (Dentro.) ¡Señor!

VANNA ¿Quién?

PRIN. Es Vedio. Entra.

ESCENA ULTIMA

DICHOS y VEDIO

PRIN. ¿Qué pasa?

VEDIO (Entra.) ¡Huid, señor, huid!... ¡puede ser tiempo!... Maladura, el segundo Comisario, acaba de llegar!... Trae setecientos hombres florentinos... los ví... los ví.. Rodea vuestra tienda... os proclama traidor... busca á Trivulzio...

PRIN. ¡Ven, Vanna, ven!...

VANNA ¿A dónde?

PRIN. Irás con Vedio que, convenientemente resguardada, te conducirá á Pisa.

VANNA Pero, ¿dónde?... ¿dónde irás tú?

PRIN. No lo sé... poco importa... ¡El mundo es grande y hallaré refugio!

VEDIO ¡Señor, tened cuidado! La Toscana entera está llena de espías. (Vase á la puerta y, como quien espía lo que pasa en el campo, se irá quitando de la vista del espectador.)

VANNA Ven á Pisa.

PRIN. ¿Contigo?

VANNA Sí.

PRIN. No puedo.

VANNA Sólo unas horas... ¡Bastará que escapes á las primeras iras de tu gente!

PRIN. ¡Y tu marido!... ¿Qué hará tu marido?

VANNA El también como tú, sabe y conoce lo que se debe á un huesped respetable.

PRIN. ¿Pero él te creerá cuando le digas?...

VANNA Sí... ¡Si no lo creyera!.. ¡No es posible!... ¡Ven!... ¡Vamos!...

PRIN. No.

VANNA ¿Por qué? ¿Qué es lo que temes?

PRIN. Temo por tí.

VANNA ¿Por mí?... ¿Que vuelva sola ó que tú me acompañes?... El peligro es igual... Tú eres, Gianello, quien está seriamente amenazado... y ya que acabas de salvar á Pisa, justo es que ella, á su vez, también te salve. ¡Vienes conmigo... bajo mi custodia... yo respondo de tí!

PRIN. ¡Pues voy contigo!

VANNA Es, Gianello, la prueba más segura que me da tu amor... ¡Ven!

PRIN. ¿Pero tu herida?..

VANNA ¡La tuya importa más!

PRIN. ¡Bah, bah, no es nada! Esa sí que... parece que... Veamos... (Intenta descubrir el manto por la parte superior del pecho para ver la herida, y Vanna le contiene suave y dignamente.)

VANNA No, Gianello. ¡Ya firmaste la paz con los de Pisa!... Tengo frío. (Se rebuja mejor en su manto.)

PRIN. Es verdad; se me olvidaba que estás casi desnuda para arrostrar el pérfido relente... Y soy yo, Vanna, el bárbaro salvaje que así lo quiso y lo exigió á los tuyos... Pero, mira; aquí tienes estos cofres que rellenaron para tí mis manos con el rico botín de cien campañas... Hay mantos de brocado... telas de oro...

VANNA (Cogiendo de uno de los cofres un manto, una tela, una piel—lo que mejor juzge la actriz—y poniéndoselo.) ¡Con esto basta!... ¡Ven, tengo impaciencia por salvarte de aquí!... ¡Vamos, Gianello!

PRIN. (Seguido de Vanna, se dirige á la puerta y descorre por completo el tapiz. Un confuso rumor que domina un sonido de campanas en precipitado y lejano repique, invade bruscamente el silencio de la noche; mientras por la puerta de la tienda se ve en el horizonte,

Pisa, iluminada, salpicada de fulgores alegres y proyectando en el azul, todavía sombrío, un enorme nimbo de claridad.) ¡Mira! ¡Mira, Giovanna!

VANNA ¿Qué es?... ¡Ah, Pisa; se ilumina y se enciende celebrando tu obra!... ¡Arden los muros... los reductos relumbran como hogueras y brilla el campanil como ascua de oro!.. Todas, todas las torres resplandecen como astros rutilantes... las líneas de las calles se dibujan como rutas de lumbre por el cielo... Reconozco el trazado... Las recorro por el espacio azul, igual que esta mañana las siguieron mis pies por sus aceras. ¡Mira... la plaza allí!... ¡La iglesia mírala con su torre de fuego!... ¡El camposanto, aquello que dibuja una isla de sombra!... ¡Se diría que la vida, que ya creyó perderse, vuelve veloz y en explosión de lumbres estalla en las veletas... serpentea sobre los baluartes... se desborda por la muralla... inunda la campiña y en resplandores llega hasta nosotros llamándonos también!... ¡Escucha, escucha!... ¿No oyes los gritos y el delirio inmenso subir en oleadas como rugiente mar que invade á Pisa?... Las campanas que cantan... ¿cantan como en mis bodas?... ¡Cantan... cantan! ¡Ah! ¡Soy dichosa, muy dichosa ante esta dicha suprema que le debo al hombre que más me ha amado!... Ven, Gianello mío. (Le estrecha con febril entusiasmo.) Es el único beso que puede darte tu Giovanna. ¡Toma! (Le besa en la frente.)

PRIN. ¡Oh, este beso, es más dulce, Vanna mía, que los besos más dulces y dichosos que esperaba mi amor! (La besa también en la frente.) ¿Pero qué tienes?... Tus rodillas se doblan... ¿Qué te pasa? ¡Ven, apóyate en mí!... ¡Pasa tu brazo así... sobre mi cuello!...

VANNA ¡Nada fué!... Ya te sigo... ¡Pedí mucho á las exiguas fuerzas de una mujer!... ¡Sostenme!... ¡Anda... llévame tú, para que nada corte ó retarde mis primeros pasos en el camino de la dicha! ¡Llévame!... ¡Qué hermosa está la noche que se aleja!... ¡Oh, qué be-

lla la aurora se levanta!... ¡Vamos, Gianello, vamos!... Es preciso llegar pronto... muy pronto... ¡Antes que el sol en el espacio alumbre!... ¡Antes de que se extinga mi alegría!... (Salen abrazados lentamente.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Salón de recepciones en el palacio de Guido Colonna. Altos ventanales, columnas de mármol, pórticos, tapices etc. etc. A la izquierda en segundo término, una vasta terraza cuya balaustrada sostienen grandes jarrones con plantas floridas y á la que da acceso una doble gradería exterior Al centro del salón, entre las columnas, grandes gradas de mármol conducen á la misma terraza, desde la cual se verá una parte de la ciudad.

ESCENA PRIMERA

Entran GUIDO, MARCO, BORSO Y TORELLO

GUIDO Hice lo que quisísteis... lo que ella quiso... ¡lo que quisieron todos!...Creo que es justo, el que á mi voluntad le llegue su hora. Yo callé... me escondí... no respiré siquiera como haría un cobarde, mientras que los ladrones saqueaban su casa... ¡Basta ya!... ¡Basta ya!... ¡Mirad la aurora!... Hasta este instante, estuve sometido. Pesé y medí la infamia, como hiciera el comerciante más escrupuloso. Fué preciso respetar el contrato... que el comprador tuviese hasta los últimos minutos de esta noche truculenta... ¿Qué menos, si nos trajo tanto trigo, tantos bueyes y tantas vituallas? Yo ya pagué y vosotros ya comísteis... Ahora soy libre. ¡Vuelvo á ser el amo y salgo del horror de mi vergüenza!

MARCO Yo no sé lo que intentas, hijo mío, y nadie, con derecho, ha de ponerse frente á un dolor tan grande como el tuyo. ¡Tampoco nadie puede consolarlo! y la inmensa alegría que ahora por todas partes te rodea ¡lo comprendo hijo mío!, sólo sirve para hacer más pesadas tus congojas y más vivas tus lágrimas. Ahora que la Ciudad ya se ha salvado, nosotros mismos lamentamos una salvación para tí ¡guay! tan costosa. Y bien á pesar nuestro, si mañana surgiera el mismo caso, sin escrúpulo haríamos lo que ayer; sacrificar los mismos inocentes. ¡con la razón de la injusticia misma! ¡Porque el hombre que ser quiere en la tierra estrictamente justo, gasta toda su vida escogitando entre dos ó tres términos de la verdad y el bien, que son en suma, dos ó tres injusticias diferentes! Yo no sé qué decirte.. Vanna pronto volverá... No la juzgues... ni rechaces á nadie... ni hagas nada que no se pueda reparar. Procura contener tu dolor... Cuanto se dice en el exceso de un dolor intensísimo, es fatal y cruelmente irreparable... Guido, no la reproches... Si te falta valor para acogerla, no la veas cuando llegue ahora aquí... Espera, hijo; espérate á que pasen unas horas... Ten calma y corazón... Para nosotros pobres hombres que somos el juguete de tantas cosas grandes, ¡hay, hijo mío tanta bondad, tan singular justicia y tan sabia prudencia en unas cuántas horas que transcurren!

GUIDO ¿Es eso todo? ¡Bien! No es esta la hora de las dulces palabras... ni hay aquí á quien pudieran engañar con sus mieles todavía! Consentí en escucharos, para que me dijéseis por vez última todo lo que tuviérais que decirme, esperando saber por vuestra boca lo que vuestra experiencia iba á ofrecerme en cambio de una vida que ella tan por completo ha destruído. ¿Y es eso todo lo que viene á darme? «¡Esperar... aceptar... tener paciencia... ser prudente... sumiso... generoso... olvidar... perdonar... resignarse

y gemir!...» ¡Pues bien; no! ¡Eso es muy poco!... Yo prefiero ser franco é imprudente. ¡Necesito algo más que palabras y palabras para poder limpiarme esta vergüenza! ¿Lo que yo voy á hacer?... Vais á escucharlo: ¿Vanna ha sido de otro hombre?... ¡Pues no es mía mientras exista ese hombre! Yo no ajusto mi vida ni mis actos á las reglas porque se rigen verbos y adjetivos. Yo soy esa gran ley dominadora de los hombres que sienten en el pecho un corazón ardiente todavía... Pisa tiene ya que comer y también tiene ya con qué defenderse... Ella hizo armas y yo quiero la parte, como es justo, que á mí me corresponde. Desde ahora le retiro mi espada, y los soldados que se pagan aquí con mi dinero. Ellos no volverán hasta que hagan conmigo y á mis órdenes, lo que tengo el derecho de mandarles. Por lo demás, á Vanna, la perdono, ó la perdonaré cuando él no exista... ¡Que al fin ha sido alucinada, horrible; aun cuando heróicamente alucinada!... Pero existe aquí alguien á quien nunca podré ver sin horror y sin vergüenza. Y ahora, vosotros vais á ser testigos de un acto tan horrible como justo. Un hijo que, invirtiendo toda ley, juzga á su propio padre, lo maldice, reniega de él, lo arroja de su lado, lo desprecia y lo odia.

MARCO ¡Sí, hijo mío, maldíceme ya que á ella la perdonas! ¡Si tus ojos encuentran una falta que sea imperdonable en aquel acto heróico, considera la falta como mía y deja á los demás el heroismo! Mi consejo era bueno; pero siempre es fácil dar consejos si no imponen sacrificio ninguno... Ahora que él con tu afecto me arrebata todo lo que más amo en la tierra, me parece mejor... Y ya que parto arrojado de aquí, que esté seguro de llevarme yo solo todo el rencor, el odio y la amargura que haya en tu corazón, y que no queden rencores ni amarguras para aquella que ha de venir... ¡Que me permitas, hijo, verla esta última vez entre tus brazos y entonces

partiré sin creerte injusto, sin que salga una queja de mi boca! (Durante las últimas palabras de Marco, se oye dentro un ruido confuso y potente. En el silencio que sigue á las palabras, el rumor se aumenta, se aproxima y se precisa: Primero, son murmullos; después, aclamaciones de una turba que se desborda. Pronto, dominando el confuso y creciente rumor, van distinguiéndose más claramente los gritos repetidos de «¡Vanna! ¡Vanna! ¡Nuestra Monna Vanna! ¡Gloria á Monna Vanna! ¡Viva Vanna! etc., etc. Yendo rápidamente hacia los pórticos que dan salida á la terraza.) ¡Es Vanna!... ¡Ya está ahí!... ¡Vuelve... la aclaman! ¡Escuchad... escuchad!... (Borso y Torello le siguen á la terraza mientras Guido queda solo, apoyado en una columna y mirando á lo lejos. Durante todo el final de esta escena, las aclamaciones de dentro redoblan y se van acercando rápidamente.) ¡Oh, la plaza desborda en criaturas!... ¡Todo se halla cubierto de cabezas, de brazos que se agitan!... ¡Diríase que las piedras del arroyo, las hojas y los troncos de los árboles se han convertido en hombres! ¿Pero dónde está Vanna?... ¡Yo no veo más que una espesa nube que se extiende!... ¡Borso, mis pobres ojos ya traicionan al amor de mi pecho!... ¡La vejez y las lágrimas los ciegan!... ¿Dónde está?... ¿Vos la veis?.. ¿Hacia qué lado me debo dirigir para encontrarla?

BOR. (Conteniéndole.) ¡No, no bajéis; la turba es violentísima y os pudiera arrollar!

MARCO ¿Pero la veis? Yo no distingo aún... ¡Por vez primera maldigo la vejez que tantas cosas me ha llegado á enseñar, para ocultarme esta que ansío ver! Decidme, Borso; vos que la veis, decidme, ¿cómo llega?

BOR. ¡Oh, se creería que la envuelven los rayos de la aurora! ¡que su luz resplandece en la ondulante multitud que la aclama!... ¡Vuelve triunfal!..

TOR. ¿Y quién es ese hombre que va á su lado?.. ¿Vos le conocéis?

BOR. No sé... No le conozco... Si parece que trae oculta la cara...

MARCO ¡Oid, qué delirio!... ¡Oid; todo el palacio re-

tiembla!... ¡Hasta las flores de los jarrones caen como lluvia sobre los balaustres!... ¡Ahora la distingo!...

TOR. Ya la avalancha llega hasta las verjas...

BOR. Sí, sí; la multitud se abre á su paso y la acoge con júbilo amoroso... ¡Le arrojan flores, palmas y palomas!... ¡Hasta alhajas la rinden!... ¡Las madres muéstranle á los hijos que llevan en sus brazos y que Vanna acaricia sonriente!...

TOR. ¿Y los hombres?... ¡Mirad, caen á sus plantas para besar las piedras que ella pisa!.. ¡Eh! ¡Cuidado!... ¡Ya se acercan!... ¡Cuidado!

MARCO ¡Oh, mi pobre y buen pueblo!... ¡Oh, Vanna mía! ¿Eres tú la que miro?... ¡Ah, me detienen!... ¡les asusta mi júbilo!. . ¡Ven... sube... sube, Vanna!... ¡Sube tú, más hermosa que Judit y más pura que Lucrecia!... ¡Sube, Vanna, pisando estas flores! (Arrojándole las que va cortando de las plantas de los jarrones.) ¡También tengo yo flores para saludar la vida!... ¡También tengo rosas y laureles para coronar la gloria!

ESCENA II

DICHOS, VANNA, PRINZIVALLE y la turba

(Las aclamaciones se hacen más delirantes. Vanna, acompañada de Prinzivalle, aparece en lo alto de la terraza y se arroja á los brazos que le tiende Marco. La turba invade la escalera de la terraza y los pórticos; pero se detiene, sin embargo, á cierta distancia del grupo formado por Vanna, Prinzivalle, Marco, Borso y Torello. Guido continúa alejado y en la misma actitud.)

VANNA (Arrojándose en los brazos de Marco.) ¡Oh! ¡qué dichosa soy, padre mío!

MARCO ¡Yo también... yo también, pues vuelvo á verte! ¡Déjame, Vanna, déjame mirarte á través de mi llanto y nuestros besos! ¡Oh! ¡brillas más radiante, Vanna mía, que si volvieses de las claras fuentes de ese cielo que canta y ríe tu vuelta! ¡Ah! ¡que no pudo

el bárbaro enemigo arrebatar con su pasión inmunda, ni un destello á tus ojos, ni á tus labios la más leve sonrisa!

VANNA ¡Padre, ya os contaré!... Pero decidme: ¿dónde está Guido, dónde?... Es necesario que yo le tranquilice aquí, delante de todos... ¡No sabe nada aún!...

MARCO Mírale, Vanna, está allí... ¡Vé tú!... A mí me rechaza, acaso con justicia... pero á tí... (Bajan hasta el salón donde está Guido. Marco se queda al pie de una escalinata. Borso y Torello muy en segundo término como alejados. Prinzivalle solo se mantiene en un rellano de la escalinata. Vanna va hacia Guido que sale á su encuentro, y al hacer Vanna demostración de abrazarle, él la detiene con un brusco ademán, y dirigiéndose á cuantos le rodean con voz breve, estridente é imperiosa, dice:)

GUIDO ¡Dejadnos!

VANNA (Con ímpetu.) ¡No; no! ¡Oidme todos; todos!... ¡Guido, no sabes tú... voy á decírtelo!... ¡quiero que todos sepan, que aquí vuelvo tan pura como llegué de Pisa al campamento!

GUIDO ¡Déjame, no te acerques... no me toques aún... (A la turba.) ¿Lo habéis oído?... os ruego que salgais... Dejadnos solos. Vosotros mandaréis en vuestra casa... ¡dejadme ser el amo de la mía! ¡Ah! ¿queréis espectáculo, sin duda, después del gran festín?... ¡Pues no hay comedia! Ya tenéis pan y vino que he pagado por todos y cada uno de vosotros... ¿Qué esperais todavía?... Creo que es justo que se me deje mi dolor. (Movimiento silencioso en la plebe, que va lentamente desalojando el salón.—A Prinzivalle al reparar en él.) ¿Y vos? ¿Quién sois vos, que ahí os quedais lo mismo que una estatua? ¿Sois acaso la vergüenza y la muerte que me están acechando?... ¿Pero vos no escuchásteis que yo quiero que nos dejeis en paz?... ¿Será preciso que á golpe de alabarda se os arroje? ¿Por qué ocultais el rostro?... ¡Respondedme!... Quiero saber quién sois... ¡Yo por mi mano arrancaré esa máscara!...

VANNA (Interponiéndose rápidamente y cortándole el paso) No, Guido. ¡No le toques; respétale!

GUIDO (Deteniéndose sorprendido.) ¿Tú, Vanna?... ¿Qué arranque es ese, dí?... ¿Qué fuerza es esa?

VANNA El es mi salvador...

GUIDO ¡Ah!... Te ha salvado, luego... sí... sí... Después... ¡cuándo era tarde!... Hizo una buena obra... ¡Más valiera!...

VANNA (Febrilmente.) ¡Guido, déjame hablar; yo te lo ruego! ¡Lo sabrás de una vez!... ¡Sí, me ha salvado!... ¡Guardada... respetada.. como á lo más sagrado se respeta! Ni una palabra suya hirió mi oído, ni llegó con sus dedos á rozar por la fimbria de mi manto. Bajo mi protección llega aquí; tiene mi palabra... la tuya... nuestra palabra, Guido, que tu cólera... ¡Déjame hablar! No me ofendió siquiera ni con el ademán, ni con el gesto...

GUIDO ¿Pero quién es?... ¿Quién es, dí?...

VANNA Prinzivalle.

GUIDO ¿Quién?... Pero, ¿aquél?... ¿Es Prinzivalle éste?...

VANNA ¡Sí, sí! ¡Es tu huésped... le inspiras confianza... es nuestro salvador!

GUIDO (Después de un momento de estupor y con una violencia y una exaltación creciente, que no permiten á Vanna interrumpirle.) ¡Ah! ¡Vanna mía!... ¿Con que es este?... ¡Por fin cae entre nosotros como casto rocío de los cielos!... ¡Oh, Vanna!... ¡Tú eres grande y yo te amo! ¡Sí, yo te amo y te comprendo ahora! Tenías razón: ¡Si hacerlo era preciso, fué necesario hacerlo así!... Comprendo tu engaño, más horrible y poderoso que el rigor de su crimen... Otra, como Judit mató en Betulia, allí mismo le hubiese asesinado... ¡Pero un crimen mayor que el de Holofernes, reclamaba también mayor venganza! Fué preciso traerlo ante sus víctimas, que serán sus verdugos... ¡Oh, Vanna, ahora nuestro triunfo es espléndido!... ¡Es el triunfo mayor que la honra pudo!... ¡Ah... que lo sepan, que vuelvan aquí todos!... (Corriendo á la terraza y gritando á grito herido.) ¡Prinzivalle!... ¡Prinzivalle está

¡aquí!... ¡Volved corriendo!... ¡Está en nuestro poder el enemigo!...

VANNA (Siguiéndole y esforzándose por retenerle.) ¡No... no!... ¡Escúchame... escúchame; no es eso!... ¡Te confundes!... Espera que te explique...

GUIDO Déjame, tú verás... (Desprendiéndose y redoblando los gritos.) ¡Venid de prisa! (La turba invade de nuevo la terraza y Guido los empuja en grandes grupos al salón.) ¡Ahora sí que tendréis gran espectáculo!... ¡Hay justicia, hay justicia!... ¡Yo pensaba tenerla que esperar por mucho tiempo... buscarla y acecharla en todas partes... y ved (Señalando á Prinzivalle.) cómo se muestra ante nosotros sobre esos escalones!.. ¡Y fué Vanna!... ¡Vanna fué quien la trajo!.. ¡Así ha querido poner fin á su obra! (Dirigiéndose á Marco que desde que se desalojó el salón por la turba, quedó como escondido detrás de las columnas de último término y que ahora, al llegar de nuevo la turba, avanza con ella al centro del salón. Le coge fuerte y bruscamente por un brazo.) ¿Véis á este hombre?

MARCO Sí; ¿quién es?

PRIN. ¿Que quién es?... ¿Pues yo creía que vos le habíais hablado? (Prinzivalle hace un movimiento y da el frente á Marco, que le reconoce.)

MARCO ¡Prinzivalle!

GUIDO ¡Sí... es él... es él!... ¡No cabe duda alguna!.. ¡Acercaos!... ¡Verle el rostro!... ¡habladle!.. ¡Acaso os encargue un mensaje nuevamente!... ¡En verdad, no es el hombre esplendoroso que pintábais ayer!... Pero, ¡qué importa!... ¡Ya la piedad ha huido de mi pecho! Su monstruosa astucia, me ha robado lo único que en el mundo no podía yo dar á nadie... y la justicia, ahora, le pone frente á mí, para pedirme la única recompensa que á su infamia yo pude conceder... ¡Es un milagro que no pude soñar!... ¡Acercaos todos!... ¡No tengáis miedo, no, de que se escape!... ¡Pero cerrarlas bien, cerrad las puertas, no sea acaso que un milagro inverso nos le vaya á arrancar!... No quiso Vanna imitar á Judit, y realizó el milagro de traérnosle... ¿Cómo?... ¡Ella lo dirá!

VANNA Sí, voy á decirlo, pero es enteramente lo contrario.

GUIDO ¡Que te abraze ya, Vanna, antes que sepan!...

VANNA (Rechazándole digna y enérgicamente.) ¡No; no!... ¡Todavía, no!.... ¡Acaso nunca, si no me entiendes tú!.. Oyeme, Guido, y préstame atención. ¡Ahora se trata de un honor más real y de otra dicha que los que á tí te ofuscan!... Ellos acaso (Por la turba.) me entenderán, si tú no me comprendes! No volveré á tus brazos sin que sepas...

GUIDO Ya lo sabré... ya lo sabré... pero ahora...

VANNA (Con gran energía.) ¡Te digo que me escuches! No he mentido jamás; ¡pero hoy profiero la profunda verdad... la que se dice sólo una sola vez... la que puede matar ó dar la vida! ¡Oye y mírame, como si no me hubieses visto hasta esta hora; la primera y la única, en que puedes amarme tal como debo y quiero ser amada!... ¡Te hablo en este momento, en nombre de mi vida y de tu vida... en nombre de lo que yo soy, y en nombre de lo que tú eres para mí!... ¡Sé capaz, Guido, de creer lo increible! ¡Este hombre que aquí ves, me ha respetado! A él fuí entregada y en su tienda estuve... y salí de su tienda, como de casa de mi propia madre y de la mano de un hermano mío!

GUIDO ¿Y por qué?

VANNA Porque me ama.

GUIDO ¡Ah! ¿era eso lo que debías decirnos? ¿Era ese el milagro?... ¡Sí... sí... si en tus palabras algo llegué á entrever que no entendía!.. ¿Conque?... ¡Vamos despacio... muy despacio! (Con voz súbitamente más calmada y dándole cierto dejo de ironía.) ¿De modo que este hombre, en cuya tienda estuviste con él toda la noche sola y casi desnuda, respetó tu pudor?

VANNA (Con gran energía.) Sí.

GUIDO ¿Ni una caricia? ¿Ni un abrazo? ¿Ni..?

VANNA Yo besé su frente, y él, entonces, rozó también la mía con sus labios.

GUIDO ¡Sobre la frente!... ¡Bah!... Mírame, Vanna! ¿Tengo yo aspecto de pasar por lo absur-

do?... ¡Ah! ¡Todavía no quiero decir nada que pudiera perdernos para siempre!... ¡No adivino tu objeto... ó si es acaso que en el delirio de esta horrenda noche perdiste tu razón, ó yo la mía!

VANNA ¡No es el delirio... la verdad te dije!

GUIDO ¡La verdad!... ¡La verdad!... Si yo no busco otra cosa ¡gran Dios!... Para que esa pueda ser la verdad, era preciso que la razón al menos la juzgase humana certidumbre... ¡Cómo un hombre que sólo por afán de poseerte vende á su patria... pierde su fortuna... pone en riesgo su vida, y en fin, hace lo que jamás ninguno ha realizado... cómo este hombre, cuando te tiene allí bajo su tienda sola y casi desnuda... sin contar con más horas que esas horas que á tal precio compró, va á contentarse con estampar un ósculo en tu frente?... ¡No!... ¡Es preciso ser justo y no reirse así de la desdicha mucho tiempo!... ¡No; no es así como se exige y se prepara un beso casto!... ¡La verdad!... ¡La verdad está en mis gritos de desesperación!... ¡No: yo no juzgo!... No veo con claridad, y en causa propia no quiero yo ser juez... ¡Juzgad vosotros! Puesto que ella os salvó debéis creerla.. Decidme: ¿la creéis? ¡Que todo el que creyere lo que dijo, salga al punto del grupo, se adelante, y dé aquí ese mentís á la razón humana!

MARCO (Adelantándose del grupo, del cual salen algunos rumores tímidos é indistintos.) ¡Yo la creo!

GUIDO ¡Vos sois cómplice! ¿En dónde están los otros que la creen?... ¿Los has oido tú, Vanna?... ¿Ves?... Los mismos á quienes has salvado, retroceden ante la burla que si dijesen tal, estallaría... Y si algunos murmuran por lo bajo, esos ¿ves?... ¡no se atreven á mostrarse! ¿Y tú quieres que yo?...

VANNA ¡No; ellos no deben creerme; pero tú sí! ¡Tú me debes creer porque me amas!

GUIDO ¡Ah! ¿Conque yo, porque te amo, debo ser aquí el engañado?... ¡No; no!... Escúchame... Ya mi voz no es la misma.. ya mi cólera ha

caído también... ¡Esto enerva... y de golpe me siento envejecido!... ¡Sí, ya ha muerto mi cólera!... La vejez... la locura... ¡qué sé yo todavía, qué vendrá á reemplazarla!... Busco dentro de mí para afianzarme al resto que me queda de mi pobre felicidad... y vislumbro, allá en lo hondo, un efímero rayo de esperanza... Vanna... ¡es verdad! lo reconozco ahora... Yo no debí llamar á esos que escuchan antes de que tú á mí... Me olvidé entonces que el pudor vedaría el que dijeses... ¡Perdóname y comprende que hay instantes!...

VANNA ¡Mírame, Guido! Ahora pongo toda mi fuerza... mi lealtad... cuanto te debo en esta última noble y franca mirada de mis ojos. ¡No habla el pudor! Es la verdad quien habla. ¡Me ha respetado, sí; me ha respetado!

GUIDO ¡Bien!... ¡Está bien!... ¡Muy bien!... ¡Ya no me queda duda de nada! ¡La verdad lo ha dicho, ó más bien el amor!... Sí, ahora comprendo; tú querías salvarle?... ¡Pues no es así como podrás lograrlo!... ¡Escuchad!... ¡Oidme todos! Voy, por último, á hacer un juramento... ¡Todavía, no sé por qué me queda una esperanza!... Venid aquí... Más cerca. ¿Véis á este hombre y véis á esta mujer?... Todos sabemos que se aman, ¿no es verdad? Pues bien; oídlo, saldrán de aquí los dos hoy libremente con mi consentimiento... sin ultraje... sin sufrir ningún mal... y de mi casa se llevarán cuanto su antojo pida... Abrid paso ante ellos, y aun arrojarle flores si queréis... Irán donde les lleve su delirio con una sola condición. Que ahora esta mujer, sencilla y claramente, me diga la verdad. Unica cosa que aun amo en ella, y que me debe en pago de lo que yo la doy... ¿Has comprendido, Vanna?... Dí la verdad. ¿Has sido suya? Contéstame; ¿sí ó no? ¡Es todo lo que quiero! No es prueba... no es ardid... Yo lo he jurado y todos son testigos.

VANNA (Resueltamamente.) He dicho la verdad.

GUIDO Está bien... está bien; de esa manera le

condenais mejor. ¡Pronto!... ¡Este hombre es mío! tomadle, atadle fuertemente y descender con él hasta los últimos calabozos que hay bajo de esta cámara. ¡Yo bajaré también!... Y vos, ahora, ya no le veréis más. Yo volveré á deciros en seguida la última verdad que pronto... pronto, me revelen sus últimas palabras.

VANNA (Arrojándose en medio de los guardias, que se apoderan de Prinzivalle.) ¡No... no!... ¡Es mío!... He mentido... ¡Me ha hecho suya!... ¡He sido suya! (A los guardias.) ¡Separaos vosotros! ¡No toméis lo que es mío!... ¡Cobardemente... bajamente... brutalmente me hizo suya, sabedlo!

PRIN. ¡Miente... miente... miente para salvarme!

VANNA ¡Callad! (Al pueblo.) ¿Le oís? ¡Tiene pavor!... ¡Dadme las cuerdas, las cadenas.. los hierros! ¡Ahora, ahora que mi cólera al fin halló salida, soy yo quien lo agarrota y quien lo entrega! (Hace como si amarrase con las cuerdas fuertemente á Prinzivalle y le habla aparte en voz tenue y baja.) ¡Cállate, que él nos salva! ¡Cállate, que él nos une! ¡Yo soy tuya, Gianello! ¡Yo te amo! Deja que te encadene, que yo te salvaré y huiremos lejos... lejos... (En voz alta, y como para despistar al auditorio, le dice con furia á Prinzivalle.) ¡Callad, monstruo, callad!... ¡Me suplica en voz baja todavía!.. (Quita airadamente el vendaje á Prinzivalle, mostrando su herida á todos.) ¡Mirad, ved esta cara!... Ved en ella las sangrientas señales de esta noche maldita... Yo también llevo mi señal... ¡Oh, noche de horrible amor!... ¡Miradle, es el inicuo, el monstruo!... (A los guardias que quieren apoderarse de Prinzivalle.) ¡No, dejádmele!... ¡Mi presa... mi botín, para mí sola!... ¡Guardadlo!... ¡Detenedlo!.. ¿No véis que quiere huir?...

GUIDO Pero entonces, ¿por qué vino él á Pisa?... ¿por qué has mentido, dí, por qué has mentido?...

VANNA (Dudando y como si buscase palabras para contestar.) He mentido... no sé.:. me repugnaba decir...

verás. . sí... sí... Vas á saberlo... ¡Ahora comprenderás!... Siempre se ofusca la razón... al principio no se sabe. . Cuando yo fuí allá abajo, no creía... pero las cosas llegan... ¡Sí... voy á decírtelo ya que al fin está el velo desgarrado!... ¡Ah! yo te tengo miedo... tengo miedo ante el amor que desespera... ¡Escucha... te lo diré, puesto que lo has querido!... (Con voz más calmada y más segura. Como la de quien ya ha formado plan y es dueña de la situación.) No; no. Yo no le traje á sus verdugos para vengarnos todos juntamente. La idea que me inspiró no es tan hermosa pero yo la amo más... Sí; yo quería traerle á una muerte cruel; pero anhelaba que el recuerdo afrentoso de esta noche de afrenta, no pesase sobre tí, en nuestra vida... que muriese en la sombra... lentamente y por mis propias manos, poco á poco, hasta que al fin su sangre cayendo gota á gota borrase el rastro de su inmenso crimen. Así tú siempre hubieses ignorado la afrentosa verdad, y el odioso recuerdo nunca hubiera podido levantarse entre el amor de toda nuestra vida... ¿Lo comprendes?... Sí... Sí... yo estaba loca ¡ya lo sé! pretendí lo imposible... Pero vas á saber... (Dirigiéndose á la turba.) ¡Escuchad todos! Ya llegamos á un punto, en que es preciso deciros toda la verdad. Yo le quise matar como á Holofernes; le herí, ¡mirad su rostro! ¡No fué certero mi puñal!... Luchamos, y el me hirió aquí. (Mostrando su herida.) ¡Mirad, mirad mi cuello!... Entonces, meditando una venganza más honda que el rencor, cambié de súbito. Le sonreí... le halagué... llegué á besarle con dulce amor hipócrita, hasta que esclavo, al fin, de mis caricias me creyó... me creyó... siguió mis pasos... ¡Ah, los hombres son locos!... ¡y hay la sabia justicia de engañarles! ¡Adoran la mentira por instinto! ¡Creyendo que de mí se apoderaba no vió que lo amarraba para siempre! ¡Miradlo ya en su tumba! ¡Ya la voy á cerrar!... ¡Ya está en mis manos!... ¡No

temed... no temed que las afloje!.. Ah, mi gentil y hermoso Prinzivalle... ¡Verás... verás qué besos nos esperan!... ¡Como jamás se dieron en la vida!

GUIDO ¡Vanna!...

VANNA ¡Mírale, Guido, henchido de esperanza!... ¡Me creyó... me creyó y hasta el infierno viniera tras de mí!... (*Haciendo como si apretase las ligaduras de Prinzivalle.*) ¡Estos son los abrazos que esperabas! (*En voz baja.*) ¡Gianello, yo te amo! (*Alto.*) Devuélveme mis besos. (*Lo abraza efusivamente, de modo que parezca á los demás que lo maltrata.*) ¡Estos son los que valen!... ¡Mira, Guido, mira, me los devuelve todavía! ¡Ah, la risa está cerca de semejante horror!... ¡Duro sarcasmo! Sí, Prinzivalle es mío, ante Dios y ante el mundo... ¡Yo lo quiero!.. Es la ganancia de mi noche última. ¡Una ganancia espléndida!... ¡Ah... desfallezco!... ¡Tenedme!... ¡Siento acaso demasiada alegría! (*A Marco que habrá ido á sostenerla.*) ¡Padre mío, os lo entrego!... Yo os lo entrego hasta que al fin mis fuerzas... ¡Que se busque un calabozo tan profundo que no!... ¡Dadme la llave!... ¡Yo tendré la llave!... ¡En seguida la quiero!... ¡Que ninguna otra persona la pretenda tocar! ¡Es mi presa!... ¡Es mi presa!... ¡Mía!... ¡Mía! ¡Guido, me pertenece!... (*A Marco con gran intención.*) ¡Es mi tesoro, padre, es mi tesoro!... Respondedme vos de él. ¿Me comprendéis?... ¡Sed su guardián... que no roce siquiera la sombra de una injuria por su frente... quiero que vuelva á mí tal como yo os lo entrego, padre mío! ¡Ah, Prinzivalle! ¡adiós!... ¡adiós!... nosotros, ¡ya nos veremos, ya! ¡ya nos veremos! ¡Ah! (*Da un grito y cae en los brazos de Marco. Guido da órdenes para que los guardias se lleven á Prinzivalle y les acompaña hasta que desaparecen. Marco habla á Vanna como en aparte misterioso.*)

MARCO Te he comprendido, Vanna. Sí; he comprendido tu mentira. ¡Fué justo cuanto hiciste! ¡Vuelve en tí ahora, vuelve, que es preciso ya que no se nos cree, seguir mintiendo!

(Alto á Guido.) ¡Guido.. Guido, te llama! ¡Ya vuelve en sí... ya vuelve!

GUIDO (Volviendo solícito al lado de Vanna, después de haber dejado á los soldados con Prinzivalle.) ¡Vanna mía! ¡Ya sonríe!... ¡Vanna, soy yo!... ¡Respóndeme!... ¡No... yo jamás dudé!... Ya todo se acabó.. lo olvidaremos con nuestra gran venganza... ¡Todo fué un sueño horrible!...

VANNA (Volviendo en sí.) ¿Dónde está?... ¡Ya lo sé!... ¡Pero la llave dádmela á mí... la llave de su encierro... no quiero que ninguno!...

GUIDO Ahora los guardias te la darán... ya suben.

VANNA Yo la quiero para mí sola...

GUIDO ¡Bien!

VANNA ¡Para mí sola! Yo no quiero que nadie... ¡Ha sido un sueño horrible!... ¡Ah, el hermoso... el sueño hermoso, va á comenzar... va á comenzar ahora!

FIN DEL DRAMA

Obras del mismo autor

Dramáticas estrenadas

Sinceridad, ensayo dramático en un acto, original y en verso.
La hija de Jefte, comedia arreglada del italiano, en un acto y en verso.
Don Juan de Austria, (1) drama lírico en tres actos, original y en verso, música de Chapí.
El Gobernador de Urbequieta, vaudeville en tres actos y en prosa, adaptación al castellano.
Juventud, cuadro dramático original de Ignacio Iglesias, traducido al castellano, en un acto y en prosa.
La noche del amor, drama lírico original de Santiago Rusiñol, en un acto, en prosa y verso, arreglado al castellano.
Los Viejos, drama original de Ignacio Iglesias, en tres actos, en prosa, adaptado al castellano.
Monna Vanna, adaptación del francés, en tres actos y en prosa ritmica.

Sin estrenar

Lorenzacco, adaptación de Muset, en cuatro actos y en prosa. (2)
Ladrones, cuadro dramático original de Ignacio Iglesias, en un acto y en prosa, adaptado al castellano.
La de Bringas, comedia en cuatro actos, en prosa.
El justo medio, comedia en dos actos, original y en verso.

Obras poéticas

Diego, poema (4.ª edición), agotada.
Poesía elegiaca (edición de lujo), agotada.
Póstuma, adaptación de Stecchetti (3.ª edición).

En prensa

De familia, ironías poéticas.
Nueva polémica, adaptación de Stecchetti.

---

(1) En colaboración con Servert.
(2) Aceptada por la empresa del Teatro Español.



Precio: DOS pesetas